

A muscular man is shown from the waist up, wearing a traditional Native American headdress with numerous dark feathers and orange-tipped feathers. He is shirtless, revealing his well-defined muscles. He wears a black headband with a white geometric pattern and a necklace with a large, ornate pendant. The background is dark, and the lighting highlights his physique.

+18

A small, stylized silhouette of a lion in profile, facing left, is positioned above the main title text.

DENAHII

CHRISTIAN  
MARTINS

DENAHİ

CHRISTIAN MARTINS

EDICIÓN FEBRERO 2019

RESERVADOS TODOS LOS DERECHOS. QUEDA RIGUROSAMENTE PROHIBIDA, SIN LA AUTORIZACIÓN ESCRITA DE LOS TITULARES DEL COPYRIGHT, BAJO LAS SANCIONES ESTABLECIDAS POR LAS LEYES, LA REPRODUCCIÓN PARCIAL O TOTAL DE ESTA OBRA POR CUALQUIER MEDIO O PROCEDIMIENTO, INCLUIDOS LA REPROGRAFÍA Y EL TRATAMIENTO INFORMÁTICO, ASÍ COMO LA DISTRIBUCIÓN DE EJEMPLARES MEDIANTE ALQUILER O PRÉSTAMO PÚBLICO.

COPYRIGHT © 2018 CHRISTIAN MARTINS

Allí donde está el peligro está también lo que salva.  
Johann Ch. F. Hölderlin

Como siempre y como casi todas mis novelas, esta historia también está dedicada a mis lectoras.

Chicas Martins, sois increíbles. Gracias por hacer mis sueños realidad y por compartir este excitante camino junto a mí.

Espero que sigáis disfrutando de Denahi, de Magena y de todo lo que rodea la reserva.

Nos vemos pronto,  
Christian.

# 1

Magena está recostada sobre la cama de hospital mientras yo finjo ojear un panfleto que la enfermera ha dejado en la habitación. Habla sobre la gripe y sobre cómo prevenirla; cosas que no me importan lo más mínimo. Alzo la vista unos instantes hacia ella y nuestras miradas se chocan. Ella sonríe y yo le devuelvo el gesto antes de volver a agachar la cabeza para hundirla en el panfleto.

Podría pasarme el día mirándola.

Es tan bonita que parece irreal. Recuerdo que a Enola, su madre, siempre la habían denominado “la hechicera” entre los miembros de la tribu, sobre todo entre las mujeres. Enola tenía una belleza hipnótica que no pasaba desapercibida en ningún lugar, y es más que evidente que Magena ha heredado cada rasgo de ella. Que una mujer sea excesivamente bonita es sinónimo de que ha sido marcada. Quizás por algo bueno, quizás por la mala suerte. Y si a eso se le suma el don que Magena ha heredado, entonces ya no queda nada que discutir. Magena lleva la magia de sus antepasados corriendo en su sangre, la belleza de la naturaleza en su piel y la fuerza de las tormentas en su mirada.

Vuelvo a levantar la cabeza hacia ella, pero esta vez está perdida en sus pensamientos con la mirada clavada en algún punto lejano del paisaje que nos concede la ventana. Es tan bella..., que observarla casi resulta doloroso. Durante estos últimos días no me he separado de ella ni un solo instante. Puede que Magena tenga un don para poder observar el futuro, pero está claro que eso no hace que esté más a salvo. Es más; tengo la sensación de que la chica es un imán para atraer cualquier tipo de problema o peligro.

Supongo que forma parte de su espíritu de guerrera. El recuerdo de Magena interponiéndose entre Alice y la bala que Jason disparó sacude mis pensamientos provocándome un escalofrío. Podría haber muerto, pero eso a

ella no le importó. Magena frunce el ceño y se muerde el labio en silencio. No sé en qué estará pensando, pero supongo que en nada bueno. Aunque no quiera contármelo, presiento que está metida en más problemas de los que se ve capaz de solucionar. Pero no importa. Lo que ella no sabe es que yo voy a solucionarlos. No permitiré que le ocurra nada y tampoco me apartaré de su lado. A no ser que ella me lo pidiese, claro.

—Deja de mirarme de ese modo... —susurra con una sonrisa traviesa.

Avergonzado, aparto la mirada de forma brusca.

—Lo siento...

Y justo en ese instante la enfermera irrumpe en la habitación.

—Creo que puedes ir preparando tus cosas —le dice, empujando una silla de ruedas hasta la cama—, sospecho que estás a punto de recibir el alta.

Ella suspira con alivio y asiente.

—Gracias... —responde de forma sincera—. ¿Te importa salir? —añade, esta vez dirigiéndose a mí—, tengo que vestirme...

Soy incapaz de reprimir una risita nerviosa mientras me levanto de la silla ante la atenta mirada de la enfermera. ¿A estas alturas me pide intimidad para vestirse? Sé que en el fondo ella está deseando tanto como yo quedarse desnuda frente a mí. Que vuelva a envolverla entre mis brazos. Que podamos volver a formar un solo ser conectando nuestros cuerpos.

—Te acompañaré fuera —me dice la enfermera, sonriente.

En silencio, me apoyo en la pared del pasillo esperando a que Magena vuelva a permitirme pasar al interior. La enfermera abandona la habitación con lentitud y me observa de forma intimidante.

—¿Es tu novia? —me pregunta con recelo.

—Supongo que no —respondo, sin saber muy bien qué decir.

Supongo que Magena es, simplemente, mi Magena.

Demasiado sencilla y complicada para ser comprendida, mucho más como para ponerle una etiqueta. ¿Qué somos? ¿Amigos? ¿Novios? En la tribu todo sería más sencillo... Pero claro, ya no formo parte de la tribu ni vivo en la reserva. De alguna manera, me alegro de ello, aunque otras veces siento un profundo dolor por haber dejado atrás a mi gente.

—Podríamos salir algún día... —propone de forma tímida.

Por primera vez me fijo bien en ella. Es rubia, de pelo largo y ojos azules. Tiene un cuerpo delgado y va maquillada de forma discreta. Pero aunque Magena no estuviera en mi vida, le hubiese contestado lo mismo.

—No lo creo, lo siento.

La enfermera, decepcionada, tuerce el gesto y se marcha a toda prisa.

La observo caminar a paso acelerado, apresurada por perderse de mi campo de visión. Sí, puede que fuera bonita, pero sé que una chica como ella jamás podría entenderme. Ni a mí, ni a mis raíces, ni a mi pueblo. Antes de tomar la decisión de abandonar la reserva, había estado convencido de que terminaría casándome con una de las chicas del poblado. Seguramente con Topanga. Era bella, fuerte y más joven que yo. Pero cuando Nayeli me retó y yo tomé la decisión de marcharme, comprendí que de ahí en adelante siempre estaría solo. Jamás encontraría mi lugar, o eso creía hasta que apareció Magena. De alguna forma, aunque ni siquiera ella sea consciente, la chica águila se encuentra en la misma tesitura que yo. No encaja en Cave Creek y tampoco se siente cómoda en la reserva. Está en tierra de nadie y aún no ha encontrado su lugar en el mundo. Quizás sea porque sus antepasados nómadas sigan muy presentes en ella.

—Ya puedes entrar —me avisa, asomando la cabeza por la rendija de la puerta.

Paso al interior.

Se ha vestido con unos tejanos y una camiseta de tirantes que deja al descubierto gran parte de la gasa que cubre la herida de su pecho. Vuelvo a sentir un escalofrío al recordar que Magena ha estado a punto de morir. Y si no hubiera sido por los médicos y cirujanos del hospital, seguramente, habría fallecido desangrada entre mis brazos. Ni siquiera el chamán de la tribu hubiera podido sanar esa herida de bala.

—¿Qué pasa? ¿Por qué me miras así?

Sacudo la cabeza levemente y le señalo la silla de ruedas.

—Te la han traído para algo —le indico, aunque sé cuál será su respuesta antes de que diga nada.

Magena es testaruda como ella misma.

—Estoy bien, no necesito ninguna silla de ruedas —asegura con una leve sonrisa.

Está intentando ocultar su nerviosismo, pero al menos a mí, no me engaña.

—No están, Magena —le aseguro, intentando tranquilizarla—, no hay nadie en el pueblo. Nadie te persigue, así que puedes volver tranquila.

Ella suspira profundamente.

—Pero les vi... Estaban a punto de llegar a Cave Creek.

Me encojo de hombros.

—Puede que lo que vieras fuera el futuro o puede que se perdieran entre la

tormenta de arena, no lo sé. Pero estoy seguro de que en el pueblo no hay nadie buscándote y de que ningún motero ha pasado por allí. Estate tranquila.

Me acerco a ella y le retiro un mechón cobrizo del rostro. Acaricio con delicadeza su mejilla y puedo sentir la fuerza que inunda su interior. Magena es, de alguna forma, una potente fuente de fuego y luz. Creo que ni siquiera ella es realmente consciente de que lo puede hacer con sus capacidades.

—Denahi... —murmura de forma entrecortada—, no me dejes sola, por favor.

Continúo acariciando su mejilla, sin responder a su súplica, justo antes de presionar mis labios contra los suyos. Ella quema. Siempre quema. Posa una mano sobre mi cintura, atrayéndome más a su cuerpo de forma desesperada. Sé que es lo que desea, así que aún sin detener el beso, una risita divertida abandona mi garganta.

—Espera a llegar a casa —bromeo, guiñándole un ojo.

Ella sonrío unos instantes, pero después su rostro vuelve a tornarse serio.

Vuelve a pensar en ellos, en sus persecutores. No sé quiénes son ni porqué la persiguen y ella continúa sin querer contarme nada al respecto. Dice que lo hace para protegerme y para evitar involucrarme en el asunto, pero puedo notar que me está mintiendo. Hay algo más. Algo que ella me oculta y que no quiere que nadie sepa.

—Cuando vengan a buscarte yo estaré ahí para protegerte —vuelvo a recordarl—, así que no tienes por qué estar asustada.

## 2

Detengo la vieja y destartalada ranchera que le he comprado a Billy, el de la gasolinera, frente a la casa del sheriff. Supongo que este trasto no tardará demasiado en dejarme tirado, pero al menos dispondré del tiempo suficiente para conseguir una mejor.

—¿Quieres entrar? —me pregunta de forma cortada.

Sí, claro que quiero.

Si por mí fuera, jamás me separaría de ella.

Siento que, de alguna forma y por algún motivo que se escapa a nuestra comprensión, Magena y yo estamos conectados. Ahora que la he encontrado no quiero volver a dejarla jamás.

—¿Y el sheriff?

—No te preocupes, me aseguraré de que no quite el seguro de la pistola —bromea, tirando de la manilla para bajarse del vehículo.

Como cabía esperar, se ha negado a aceptar la silla de ruedas. Le ha asegurado al médico que podría apañárselas ella sola y que se encontraba perfectamente, pero yo sigo sin tenerlo muy claro. La sujeto del brazo para ayudarla a caminar y ella se aparta de forma brusca para demostrarme que es capaz de entrar en la casa por sí sola.

—¿Papá? —pregunta, alzando la voz.

El sheriff aparece en el pasillo con rapidez y nos observa ojiplático. Tiene una taza en la mano y va vestido con el uniforme del trabajo.

—¿Qué haces aquí, Magena? —pregunta, caminando apresurado hacia su hija para envolverla entre sus brazos—. ¿Te han dado el alta?

Ella asiente con una sonrisa tranquilizadora.

Que estos últimos años no hayan estado en contacto no significa que no sientan afecto el uno por el otro.

—Hubiera ido a buscarte de haberlo sabido... ¿Por qué no me has avisado?

—No pasa nada —responde, restándole importancia—. Denahi me ha traído a casa.

El sheriff levanta la cabeza en mi dirección y frunce el ceño.

—Ya, claro...

Está claro que mi presencia no le agrada en absoluto, pero yo me esfuerzo por aparentar que no me he dado cuenta y le dedico una sonrisa conciliadora.

—¿Qué hay, sheriff?

Él ni siquiera me responde.

—¿Quieres que te prepare algo de comer? —pregunta, dirigiendo su atención de nuevo a Magena.

—No, me sentaré un rato en el sofá —responde ella—. ¿Te importa si se queda Denahi conmigo? Me vendrá bien un poco de compañía.

El sheriff asiente a regañadientes antes de pasarnos de largo hacia la entrada. Supongo que ha llegado la hora de que se marche con su coche patrulla para evitar que la juventud —y los no tan jóvenes— de Cave Creek puedan llevar sus fechorías a cabo.

—Bueno, yo tengo que irme a trabajar... —murmura con desgana—, pero volveré pronto. Supongo que no pasa nada porque te haga compañía —añade a modo de explicación.

Magená sonrío, añade un “que tengas un buen día” y se adentra en el salón. Yo me dispongo a seguirla cuando el sheriff chistea, llamando de nuevo mi atención.

—Que no se te ocurra ponerle una mano encima o te corto los dedos —amenaza con un gesto intimidante.

Nada más decir eso, un millón de imágenes acuden a mi mente para recordarme lo placentero que resulta acariciar el cuerpo desnudo de Magena. Tengo que esforzarme por parecer serio y reprimir una sonrisita mientras asiento de forma solemne.

—Más te vale —amenaza una vez más, antes de abandonar la casa con una mano sobre la pistola de su cinturón.

Cuando llego al salón, Magena suelta una carcajada que me indica que ha escuchado sin esfuerzo las amenazas de su padre.

—Espero que no haya logrado intimidarte —me dice, indicándome con un gesto que me siente a su lado.

Yo sacudo la cabeza en señal de negación.

—No soy fácil de intimidar.

“A pesar de que en la reserva mucha gente opine lo contrario”, añado para mí mismo.

Ya ha pasado tiempo desde que me marché, dejando atrás a mi tribu y

olvidando a todas aquellas personas que había amado desde que nació. Quizás, para muchos, la forma en la que renuncié implicó un claro indicio de cobardía. Pero yo sigo teniendo la firme convicción de que hice lo correcto. Si tuviera que volver a vivir esa situación, mi decisión sería la misma que tomé entonces.

Dejo mis pensamientos a un lado y vuelvo a centrarme en la chica que está junto a mí. Una vez más, la preocupación se refleja en su mirada y puedo adivinar que sigue pensando en ellos. No tiene sentido que le repita que aquí está a salvo y que yo la protegeré, así que en vez de decirlo guardo silencio y coloco una mano sobre su pierna. Ella me mira de reojo y sonrío.

—Si vienen tendré que marcharme, lo sabes, ¿verdad?

Yo sacudo la cabeza en señal de negación.

—No será necesario.

—Sí lo será —añad— . Esa gente no dudará, Denahi. El único objetivo que tienen es matarme y hacer que mi cuerpo sin vida desaparezca del mapa. Esa es la única razón que los trae a Cave Creek. Nada más.

—Entonces me marcharé contigo.

Ella sacude la cabeza en señal de negación pero antes de que pueda darme una explicación, me apresuro a besarla. Al principio me sentía intimidado por su belleza y no me creía en libertad de poder saborear sus labios siempre que quisiera, pero ahora ya no. Ella es mía. Lo siento en mi interior, así que poder tocarla y besarla cuando me plazca se ha convertido prácticamente en una necesidad. Puedo sentir que Magena comparte las mismas ansias que yo y que tampoco consigue contenerse, a pesar de encontrarse aún herida y medicada.

—Estoy bien —murmura con una risita, adivinando mis pensamientos—. Ahora que estoy en casa me encuentro perfectamente.

Ella me devuelve el beso, esta vez de una forma más intensa. Su mano recorre mi pecho, descendiendo suavemente hasta quedar sobre mi cinturón.

—¿Qué pretendes?

Ella sonrío con picardía y se cierne sobre mí, dejando caer su cuerpo sobre el mío. Intento retenerla apartándola con suavidad, pero su beso se intensifica aún más y no soy lo suficientemente fuerte como para resistirme a ella. Magena es... mi diosa. Ni siquiera tengo palabras para describirla.

Con impaciencia, como si hubiera estado deseando esto muchísimo tiempo, desata mi cinturón. La miro fijamente y no puedo evitar que mis ojos se desvíen hacia la gasa de su pecho, esa bajo la que se encuentra la herida de bala que ahora está cosida por una docena de puntos de sutura.

—No me harás daño —me dice con una sonrisa, como si me hubiera leído la mente—. No me duele.

—No te duele por la medicación, pero cuando se te pase el efecto de los analgésicos, te dolerá.

Magena frunce el ceño de forma juguetona, justo antes de lanzarse a mi cuello y de comenzar a lamerlo. La excitación recorre mi cuerpo, haciéndome temblar de deseo y placer.

—Está bien —admito finalmente—, pero será a mi manera.

Ella, complacida con mi respuesta, se encoge de hombros mientras yo me apresuro a auparla entre mis brazos. Una carcajada sincera de Magena inunda el ambiente, haciéndome sentir ciertamente afortunado. Antes de que ella apareciera en mi vida yo estaba perdido, y ahora por fin todo vuelve a cobrar sentido. Hay una leyenda apache que explica que todas las vidas que un alma va a vivir están marcadas por un destino y pactadas de antemano. Quizás esa sea la razón por la que el chamán de la tribu creía que las visiones de su madre, Enola, simplemente informaban de los sucesos que iban o estaban aconteciendo, pero que jamás se podía modificar el futuro. Yo no sé si esas leyendas serán ciertas o no, pero tengo claro que ahora todo está como tiene que estar.

—¿Tu habitación? —pregunto mientras asciendo las escaleras con ella en brazos.

Magena me señala una de las puertas del piso de arriba y haciendo equilibrios me adentro en ella. Con cuidado, la tumbo sobre la cama mientras su mirada salvaje y repleta de deseo se clava en mí. Sé lo que quiere. Lo que anhela. Lo que desea. Pero esta vez las cosas serán a mi manera.

—Voy a cuidar de ti —aseguro con la voz ronca mientras un nudo se forma en mi garganta.

Magena no deja de repetir que esos hombres están de camino a Cave Creek con el único objetivo de matarla, pero eso no va a ocurrir. La observo de arriba abajo, perdiéndome en sus delicadas curvas y en su belleza única y peculiar. ¿Cómo no van a desearla el resto de los hombres? ¿Cómo no va a querer poseerla Nayeli? Por unos instantes la rabia me corroe y el odio se instala en mis entrañas. Nayeli ya me ha arrebatado todo lo que quería y me importaba, pero jamás permitiré que toque a Magena.

Puedo ver el fuego ardiendo en su mirada mientras desabrocho con lentitud sus tejanos. Ella, inmóvil y obediente, se mantiene tumbada sin hacer nada, simplemente observando cada movimiento que yo realizo. Le quito los tejanos,

dejando al descubierto unas braguitas negras, demasiado pequeñas y provocativas. Tengo que controlarme para seguir siendo delicado y no perder los papeles, aunque su sonrisa traviesa y su mirada salvaje me hacen ver que en realidad está deseando recibir mucho más. Le quito la camiseta. El sujetador, a juego con sus braguitas, queda al descubierto. Le queda pequeño, haciendo que sus pechos sobresalgan marcando la mitad de sus pezones hinchados.

Aprieto los puños, conteniéndome, y me muerdo el labio. Hoy más que nunca me he jurado a mí mismo ser sumamente delicado con ella y no sobrepasarme en ningún momento. Eso o no tocarla. Y creo que ya es demasiado tarde para considerar la segunda opción.

Alzo la mirada unos instantes a la pared, intentando distraerme con alguna otra cosa. Magena es tan caliente y excitante que me siento capaz de explotar con tan solamente observarla.

—Me gusta tu habitación —le digo con voz ronca.

—¡Oh, por Dios, Denahi! —exclama, tirando de mi brazo y obligándome a que me incline sobre ella.

Me besa. Me besa con rabia, con fuerza, con ansia. Su lengua juega con la mía mientras sus manos se enroscan en mi cabello, tirando con fuerza para impedir que me separe de ella. Al final, consigo apartarme levemente, lo suficiente como para dedicarle una sonrisa y sujetarla por ambos brazos para que se esté quieta.

—Si sigues poniéndote en peligro, pararé—amenazo, intentando transmitir seriedad.

Ella dibuja un puchero infantil y juguetón, así que por mucho que intente reprimirme al final no puedo ocultar una sonrisa. Dios. Es tan bella, tan perfecta... Me inclino sobre ella y beso sus pechos mientras rodeo su cintura para desatarle el sujetador. Lo retiro con delicadeza y me entretengo chupando y lamiendo sus pezones. Puedo sentir cómo su cuerpo tiembla ligeramente por el placer y eso me excita aún más. Desciendo levemente, paseando mi lengua por su piel. Me encanta el sabor y la suavidad de Magena. La delicadeza y la fuerza que conviven en un mismo cuerpo. Llego a sus braguitas y las muerdo con ansia. Puedo sentir mi miembro duro y erecto. Estoy tan excitado que la sensación es prácticamente dolorosa y contenerme aún más resulta demasiado duro y tentador. Al final, termino arrancándole la ropa interior de un mordisco. Magena se ríe a carcajadas y su risa llega a mis oídos como magia. ¿Cómo puedo quererla tanto si, en realidad, hace tan poco que ha aparecido en mi

vida?

—Por favor, Denahi... —ronronea de forma juguetona, paseando sus manos por mi espalda.

Me quito la ropa con rapidez y mientras lo hago no consigo apartar los ojos de ella. Me encanta su olor, su suavidad, su delicadeza. Por mucho que intente engañarme a mí mismo, sé que estoy enamorado de cada célula que contiene esta chica. Ella vuelve a reírse. Su risa es fresca, vital, juvenil y cautivadora. Me apresuro a colocarme sobre ella, evitando que mi peso caiga sobre su cuerpo. Apoyo ambos brazos en el colchón, uno a cada lado de su cabeza, y me clavo poco a poco en su cuerpo. Nuestros ojos, conectados, arden en deseos, en placer y en sensaciones. Escucho su jadeo y la excitación aumenta aún más en mí.

—Magená... —susurro con adoración, casi como si estuviera pronunciando el nombre de una deidad.

Sus gemidos aumentan de volumen y yo tengo que recordarme que continúa herida para no descontrolarme y aumentar el ritmo de mis embestidas. Entro y salgo en su interior muy lentamente, permitiendo que ambos cuerpos disfruten entregados el uno al otro. Acaricio con mi lengua sus labios y después su cuello. Puedo sentir sus caderas subiendo y bajando, preparadas y ansiosas para recibirme en todo momento. No puedo contener una pequeña risita al ver la ansiedad que mi chica águila desprende. Me quiere. Me quiere entero, quiere todo de mí y quiere recibirlo sin demora. Magena vuelve a deslizar las manos por mi espalda y clava sus uñas en mi piel con fuerza, lo que hace que mi excitación crezca aún más. Noto cómo el orgasmo está a punto de atravesarla, como sus órganos se contraen comprimiéndome, apretándome. Una oleada de calor nace en mi cuerpo y, al final, exploto junto a ella.

—¿Te he hecho daño? —pregunto cuando por fin soy capaz de recuperar la voz y normalizar mi respiración.

Magená sacude la cabeza en señal de negación, con una inmensa sonrisa en su rostro. Le devuelvo el gesto y con delicadeza, me aparto para tumbarme a su lado. Deslizo un brazo sobre su cuerpo, sintiendo el calor que libera.

—¿Qué haremos si vienen a por mí, Denahi? —me pregunta con la voz contenida por el temor.

Sé que no puede dejar de pensar en ello. Tiene miedo.

Y si es verdad lo que ella dice, si realmente el único motivo que trae a esos hombres a Cave Creek es un asesinato, entonces quizás sea del todo racional.

Me doy cuenta de que, por primera vez, ha utilizado el plural y me ha incluido en su plan. “Haremos”, no “haré”. Así que al parecer, ella también comienza a comprender que me necesita tanto como yo la necesito a ella. Este era nuestro destino y, a pesar de que se complique, no debemos resistirnos a él.

—Si aparecen en Cave Creek nos marcharemos —aseguro—, huiremos lejos y no le diremos a nadie a dónde nos vamos.

Magená, pensativa, clava sus ojos en la pared que tenemos en frente.

Sigo la dirección de su mirada y me percato de que está contemplando una fotografía de Enola. Es increíble lo mucho que su madre y ella se parecen; Magená es su viva imagen.

—¿Crees que se volvió loca por las visiones? ¿Qué termino por perder la cabeza?

No sé qué responder.

Mientras vivía en la reserva escuché muchísimas leyendas sobre Enola. Todos en la tribu la habían querido y respetado como a una más e incluso mi propio padre movió cielos y mares por conquistarla. Enola tenía la misma magia que Magená y eso era algo que todo el mundo quería aprovechar en su favor. Algunas personas intentaban convencer a Enola para que pronosticase cómo sería su futuro. Otras, en cambio, pensaban que sus visiones traían consigo la mala suerte y que si por casualidad aparecían en alguna de esas proyecciones, algo malo les ocurriría después. Todos tenían su opinión al respecto, pero en realidad ninguno sabía nada. La única que realmente podía saber qué ocurría era ella, y según mi padre, ni siquiera poder predecir el futuro lograba concederle felicidad.

—No lo sé, Magená, no pienses en eso... Tú no eres ella —señalo, adivinando qué es lo que puede estar pasándole por esa cabecita.

Acaricio su piel con delicadeza y beso su pecho desnudo.

De una forma inconsciente, mi mirada vuelve a dirigirse a la gasa bajo la que tiene la herida. Sé que quejarse no forma parte de la naturaleza de Magená, así que realmente espero no haberle hecho daño.

—No sé, Denahi... Me gustaría llegar a comprender lo que le pasó —susurra con un tono triste y afligido.

—Solo ella tiene la respuesta, así que no tiene sentido que te lo sigas preguntando... Algún día Enola y tú volveréis a encontraros, Magená, y ese día ella podrá responder a todas tus preguntas —aseguro, recordando cada leyenda y enseñanza de la tribu.

### 3

Parece que, poco a poco, el sheriff de Cave Creek va acostumbrándose a mi presencia. Es el segundo día que me permite quedarme aquí, en su casa, para acompañar a su hija. Sospecho que no le hace mucha gracia pero que, en el fondo, prefiere que yo me mantenga a su lado para protegerla a que se quede sola durante tantísimas horas.

Es curiosa la relación de Magena y el sheriff Pharell, como entre ellos siempre guardan las distancias. Puede que sea a causa de los errores del pasado o puede que al marcharse Enola una profunda grieta se formase entre ellos, la verdad es que no lo sé. Lo que sí puedo ver es el cariño y el amor que se procesan a pesar de que nunca lo hagan patente. Es curioso, hermoso, sí, pero realmente curioso.

Entiendo que, quizás, esa sea la forma de ser de ambos. Magena nunca expresa en voz alta lo que piensa y siente y eso es algo a lo que me está costando acostumbrarme. No sé qué siente por mí ni cuándo está cansada, asustada, triste o feliz. Debo adivinar y prever lo que hay en su interior, y en algunas ocasiones la tarea es más complicada de lo esperado. Lo único que suele delatarla es su mirada. Sus ojos son tan expresivos que tengo la sensación de que me permiten acceder hasta su alma, a su interior.

—¿Denahi?

Giro la cabeza hacia ella y la repaso de arriba abajo. Va vestida con unos vaqueros cortos y una camiseta de tirantes. La gasa que cubre la herida es más pequeña, así que prácticamente queda escondida debajo de los tirantes de la camiseta. Supongo que lo ha hecho intencionadamente, para no parecer débil y malherida.

—¿Vas a venir o te vas a quedar ahí sentado todo el día? —añade con la voz juguetona.

Yo suelto un gruñido, exasperado.

Quiere dar un paseo hasta el río, aunque la verdad es que no me hace

demasiada gracia que camine tantos kilómetros sin estar totalmente recuperada del disparo. A pesar de todo, sé que no va a desistir fácilmente, así que termino levantándome del porche para caminar a su lado. Nuestros brazos se rozan débilmente y un escalofrío recorre mi cuerpo al instante.

Es como si mi piel reconociera su tacto. Como si de algún modo nuestros cuerpos se reconocieran con tan solo tocarse.

—Creo que es mala idea —gruño, aunque sé que no me tomara en serio.

El calor del desierto cae sobre nosotros. Magena se adelanta unos metros y después se vuelve hacia mí con el ceño fruncido. Lleva su melena cobriza atada en una cola de caballo y el sombrero que Unkas le regaló la protege del sol. Su piel blanquecina aún no ha cogido color, así que es propensa a quemarse con facilidad a pesar de haber obtenido un par de tonos más de moreno del que tenía cuando llegó a Arizona.

—¿Voy a tener que escucharte protestar todo el camino? —se queja, encogiéndose de hombros—, porque sí es así, preferiré pasear sola. Gracias.

Sé que no habla en serio.

Puedo intuir lo asustada que está, lo mucho que teme que sus persecutores aparezcan en el pueblo y terminen con todo.

—Podríamos ir en la ranchera del Billy —propongo sin esperanzas.

Por mucho que la ranchera haya pasado a ser de mi propiedad, en el desierto todas las cosas mantienen hasta el día de su final a su primer propietario. Mi casa seguirá siendo la de la señora Blake y mi ranchera jamás dejará de ser de Billy. Y en realidad, tampoco me molesta. Entiendo que las tradiciones, en cada sitio, funcionan de una manera diferente. En la tribu es diferente. Todas las costumbres distan mucho de las que tienen la gente de Cave Creek. Uno no vende sus pertenencias, si no que, a lo sumo, las puede regalar. Y cuando eso ocurre, el chamán debe de realizar una ceremonia para limpiarla de chacras, de males y de bienes que su anterior dueño depositó de forma inconsciente sobre el objeto. Una vez limpio, su siguiente dueño puede recibirlo sin preocupaciones.

Por ejemplo, aún puedo notar el dolor y el sufrimiento que encierran las paredes de la casa de la señora Blake. En ella jamás hubo ningún niño y eso marcó totalmente la vivienda y a los espíritus que conviven en ella.

—No iremos en la ranchera —me contradice de forma testaruda—, quiero caminar, Denahi.

Al final, desisto.

Caminamos durante horas sobre el camino arenoso que conduce al río.

Poco a poco la vegetación va apareciendo a nuestro alrededor según nos vamos acercando a la fuente de agua. Magena acelera el ritmo cuando presiente que estamos cerca, como si de alguna forma extraordinaria pudiera escuchar el caudal de agua a pesar de la distancia. La verdad es que tampoco me sorprende porque ella es mágica.

—Estamos cerca —asegura con una sonrisa, agarrándome de la mano para tirar de mí.

Sonrío de forma automática cuando lo hace y acelero el paso para seguir su ritmo. Unos segundos después el sonido del agua llega a mis oídos y puedo ver cómo la vegetación se intensifica hasta que el río aparece frente a nosotros.

—Estoy convencida de que pasa por debajo de tu casa —me explica con seguridad—, es lo único que explicaría tu jardín.

No puedo responder porque me quedo pasmado al ver lo que está haciendo. Se está desnudando. Una sonrisa traviesa se dibuja en su rostro mientras lo hace.

—No...

—¡Oh, vamos! —exclama, divertida—. ¿No te apetece un chapuzón?

Yo sacudo la cabeza aunque, evidentemente, no necesitaré insistir mucho para convencerme. Soy capaz de hacer cualquier cosa que ella me pida y en el fondo, lo sabe. Lo sabe muy bien.

—No pienso quedarme sentada esperando a que vengan a matarme —añade, bajándose los pantalones y quedándose en bragas y sujetador—. Pienso aprovechar cada segundo de vida que me quede.

Yo sacudo la cabeza en señal de negación.

—Te he dicho que no permitiré que te hagan daño, Magena.

Ella me indica que me acerque con el dedo índice, justo antes de echar a correr en dirección al río. Me quedo donde estoy unos instantes más, observando cómo se introduce en el agua. Estoy seguro de que estará congelada, pero a ella eso no parece molestarle. Al final, termino quitándome la ropa con brusquedad para seguirla.

Como había predicho, el agua está congelada. Magena suelta una carcajada cuando mis músculos se contraen a causa del cambio de temperatura, así que yo intento mantener la compostura hasta que por fin me adapto al contraste. Me acerco hasta ella y la abrazo por la espalda, apoyándome levemente contra su cuerpo caliente.

—Quiero que me cuentes una cosa —me dice, girándose para quedar frente a mí—. Quiero que me expliques cómo se realiza un cambio de jefe en

la tribu —añade, rodeando mi cintura con sus piernas y mi cuello con sus brazos.

Su boca está tan cerca de la mía que puedo aspirar su aliento y sentirlo contra mi piel.

—Es sencillo... Cualquier guerrero puede retar al jefe —explico, estrechándola con más fuerza contra mí.

—¿Y si lo hace, qué ocurre?

—¿Si un guerrero reta al jefe?

Magenas asiente con la cabeza, en silencio.

Me observa expectante, deseosa por obtener una respuesta.

—Entonces luchan.

Ella frunce el ceño y, en ese instante, adivino en qué está pensando.

Supongo que aún se pregunta por qué yo abandoné la tribu y dejé que Nayeli ocupase mi lugar. Me lo ha preguntado muchas veces, pero por algún motivo que no puedo comprender ni siquiera yo mismo, me siento incapaz de contarle en voz alta. Es como si aún no hubiera logrado asimilar que ya no pertenezco a ese mundo tan diferente, mágico y, a su vez, realista.

—¿Nayeli te retó?

Asiento en silencio.

—¿Perdiste? —vuelve a preguntar mientras el agua fría salpica nuestras espaldas y el sol calienta nuestras cabezas.

Me siento tan a gusto y tranquilo a su lado que estoy convencido de que podría pasarme de esta manera el día completo.

—No, no perdí... La pelea es... a muerte —le cuento de forma entrecortada.

Puedo presentir la pregunta que abandonará ahora sus labios y sé que responderla no será de mi agrado.

—¿Es a muerte? —murmura en voz baja—, así que... ¿No hubo pelea?

Lógicamente, esa es la conclusión más práctica y lógica.

—No, no la hubo.

Rezo porque no continúe interrogándome al respecto y comprendo, en ese instante, lo mucho que me avergüenza todo lo que ocurrió.

—¿Mi padre no interviene en esas peleas?

Esa cuestión me pilla por sorpresa, aunque agradezco que el tema se haya desviado a otro lugar.

—Nosotros tenemos nuestras propias normas y leyes, Magena. Las cosas en la reserva son diferentes, muy diferentes... No intercedimos en la vida

ajena y no salimos de la reserva, así que el gobierno no se mete en nuestros asuntos. Tenemos la desgracia y la ventaja de estar excluidos de la sociedad, así que, siempre y cuando nuestros problemas se queden entre nosotros, nadie actuará ni nos echará en falta.

—Podéis asesinar sin castigo —dice con la voz ronca, como si el mero hecho la espantase.

Me doy cuenta de que de una forma inconsciente me sigo incluyendo como parte de la tribu. Tengo que acostumbrarme a hablar de ellos como algo ajeno a mí, algo que pertenece al pasado.

—Sí hay castigos, Magena. Decidir qué castigo debe recibir una persona forma parte del deber que uno debe realizar como jefe de la tribu...

Dejo la frase en el aire, esperando que esa explicación sea más que suficiente.

—¿Nayeli tiene dos esposas?

Una vez más, su pregunta me pilla por sorpresa.

Yo asiento con la cabeza, paseando la yema de mi dedo índice por su columna vertebral.

—Sí, así es. Los hombres de la tribu pueden tener las esposas que deseen, aunque la mayoría de las veces encuentran su compañera y no sienten la necesidad de contraer más lazos.

—¿Su compañera? —repite.

Yo sonrío, estrechándola contra mí aún más fuerte.

—Es sencillo y complicado, a su vez. El deber de los guerreros apache es traer descendencia al mundo. Sobre todo, el deber y la prioridad del jefe de la tribu... Por eso, a veces, deben casarse jóvenes y comenzar a procrear aunque su compañera aún no haya aparecido.

—Pero no lo entiendo... ¿a qué te refieres con su compañera?

Sus ojos chispean de curiosidad y, de algún modo, tengo la sensación de que esto que voy a decir es importante. Si ella comprende mis palabras, entenderá cuánto significa para mí.

—Las leyendas apaches dicen que en todas las vidas de un hombre hay una mujer a la que está conectado por el destino. Ella es su compañera, la mujer con la que conectará... La mujer que hará que se sienta completo y pleno —explico, mirándola fijamente a los ojos como si mis palabras fueran una declaración—, no importa con cuántas mujeres haya compartido el lecho porque, cuando ella aparezca, el guerrero vivirá tan solo para complacer a su compañera. Para cuidarla y protegerla.

Magena me observa en silencio, sin decir una palabra.

En estos instantes soy incapaz de adivinar en que está pensando, lo que hace que la situación me resulte realmente frustrante. Ella levanta una mano y de forma delicada recorre mi mejilla. Una vez más, puedo presentir esa reacción y esa electricidad que se crea en mi cuando ambos cuerpos se rozan.

—¿Y qué ocurrirá con esas mujeres cuando Nayeli encuentre a su compañera? —inquire con curiosidad.

—Seguirá con ellas. Los guerreros apache no pueden tener relaciones sexuales con sus esposas cuando están embarazadas, ni tampoco después del nacimiento del bebé. Deben esperar a que el niño comience a caminar, porque si volviera a quedarse embarazada antes de tiempo las leyendas dicen que la madre dejaría de transmitirle la fuerza necesaria al primer hijo y tendría que repartirla entre ambos. De manera que los dos niños serían débiles y ninguno resultaría un buen guerrero.

—No lo entiendo, Denahi... ¿transmitirles fuerza?

Asiento, percatándome de que poco a poco la corriente nos va alejando del lugar en el que hemos dejado nuestra ropa.

—Sí... Se supone que la madre transmite la fuerza al niño hasta que el pequeño es capaz de caminar por sí solo. Entonces, cuando lo hace, ya es capaz de desarrollar su propia fuerza.

—¿Y esa es la razón por la que tiene tantas mujeres? ¿Para seguir manteniendo relaciones sexuales en todo momento?

Yo suelto una carcajada descomunal.

—Dicho así suena muy mal... —murmuro, caminando contra la marea para evitar alejarnos más.

Magena posa sus labios sobre los míos y la presión que sus piernas enroscadas ejercen sobre mi cadera se intensifica. Dios... Tan solo con el mero roce de su lengua ya es capaz de encender las llamas del deseo en mi interior. El hecho de tenerla de esa manera, contra mí, consigue volverme loco por completo.

—¿Cómo se sabe cuándo uno encuentra a su compañera? —me pregunta, prácticamente sin separar sus labios de los míos.

Roza la punta de su nariz contra la mía, instándome a que me apresure en la respuesta.

—Simplemente... se sabe. Se siente en el interior... Es como si esa persona se metiera en tu cabeza para quedarse ahí eternamente... Como si tu vida dejara de tener sentido porque ahora hay otra que te importa más.

—Hablas como si lo hubieras vivido —musita con un hilillo de voz.  
Yo sonrío.

—Lo estoy viviendo —respondo, incapaz de contener mis sentimientos.

La sujeto con fuerza, aupándola entre mis brazos, y echo a caminar hasta la orilla.

El río prácticamente no cubre —el nivel del agua tan sólo alcanza mi cintura—, pero la marea tiene la suficiente fuerza como para seguir arrastrándonos y a estas alturas casi he perdido nuestra ropa de vista.

Cuando salimos del agua no puedo pasar por alto el cuerpo mojado y semidesnudo de Magena. Me percató de que la gasa de su herida también está empapada y me pregunto si eso será perjudicial.

—Denahi, ¿puedo hacerte una pregunta más?

—¿Después tú responderás a las mías? —inquiero con una sonrisa, caminando a su lado mientras nuestros brazos se rozan levemente.

—¿Fuiste tú quien decidió no luchar con Nayeli, verdad?

Asiento en silencio, agachando la cabeza.

No fue una decisión sencilla, pero preferí tomarla a vivir el resto de mi vida cargando con la muerte de un amigo sobre mis hombros. Aún así, es imposible no avergonzarme de ello. Soy lo que soy, un guerrero. Mi padre me adiestró en la lucha y me educó para enfrentarme a cualquiera, no para huir. Así, de algún modo, entiendo que vivir apartado de la tribu es el castigo que me merezco después de haber deshonrado a mis antepasados.

—Denahi... ¿Él te desterró?

La mirada de Magena es de compasión. Como si por fin hubiera colocado todas las piezas del puzle y la imagen comenzara a cobrar cierto sentido para ella.

—Sí, Nayeli me desterró —confieso por primera vez en voz alta.

## 4

Pasamos la tarde sin hacer nada, simplemente apartados del mundo. Disfrutamos de nuestros cuerpos hasta que poco a poco la oscuridad comienza a cernirse sobre el río y llega la hora de decir adiós al agua.

Nos vestimos sin prisas. Ninguno de los dos quiere regresar, lo que me hace intuir que los sentimientos de Magena son recíprocos. Ella es hermética, y quizás sea eso lo que me atraiga tanto de ella. No lo sé.

Aún nos queda un largo camino hasta llegar a casa del sheriff y debo confesar que no me entusiasma realizarlo sumidos en plena oscuridad. Durante estos escasos días tanto Magena como yo nos hemos ganado demasiados enemigos en Cave Creek —sin contar los que teníamos de antes—. Pensativo, continúo caminando hasta que me doy cuenta de que ella no me sigue. Se ha detenido, inmóvil, en mitad del sendero.

—¿Mage...?

Pero la pregunta se queda en el aire cuando el grito agudo del águila inunda nuestro entorno. La he visto hacerlo anteriormente, así que su rostro descompuesto mientras sufre la visión no me impacta tanto como la primera vez. Me acerco hasta ella en sigilo y alzo la mirada al cielo. El águila nos acecha, danzando sobre nosotros entre las nubes grisáceas. Prácticamente todo ha quedado a oscuras, así que si no fuera por el brillo de la mirada cristalina del animal me costaría mucho diferenciar cómo planea entre los nubarrones.

—Magena... —susurro, expectante porque regrese a la realidad.

Rezo porque esa visión no delate el próximo movimiento de sus persecutores.

Sé que por ella soy capaz de hacer cualquier cosa y que separarme de su lado no es una opción, pero aún no me siento preparado para dejar atrás la reserva. Esa es la verdadera razón por la que me quedé a vivir en Cave Creek; porque me negaba a separarme por completo de la tribu.

Retiro un mechón de su rostro y acaricio brevemente su frente al hacerlo. Arde, quema. Es como si la temperatura de su cuerpo se disparase aún más al

aparecer el águila y sufrir la visión. Su cuerpo sufre un pequeño espasmo y yo me apresuro a estrecharla entre mis brazos. Sé que no es consciente de nada, pero temo que pueda desmayarse y golpearse la cabeza con alguna de las piedras del desierto.

—Magená...

Por fin me mira fijamente y comprendo que todo ha terminado. El águila vuelve a gritar con todas sus fuerzas y un fuerte viento se levanta a nuestro alrededor. Observo el paisaje que hasta este momento estaba tranquilo y veo cómo los cactus lejanos se balancean levemente.

—Joder... —murmuro, comprendiendo qué es lo que está ocurriendo.

Ella, asustada, asiente.

—Otra tormenta... —susurra en voz baja.

Es otro de los efectos secundarios que tienen las visiones.

En la tribu existe la creencia de que todo don debe ser pagado, de que nada se recibe sin dar a cambio. Puede que nosotros debamos sufrir las alteraciones de la naturaleza por cada imagen que Magená ve en su cabeza.

—Tenemos que encontrar un refugio —digo, buscando algo que pueda servirnos a nuestro alrededor.

Puedo intuir que la visión que ha percibido no ha resultado tan perturbadora como las últimas, aunque tampoco parece haberle agradado. Supongo que ahora lo primordial es encontrar un lugar en el que resguardarnos del polvo y de la arena. Después ya me preocuparé por interrogarla al respecto.

—¡Corre! —me grita, mientras las primeras gotas de agua caen sobre nosotros—. ¡He visto un cobertizo cuando veníamos!

Ella echa a correr y yo la sigo, sin perderla ni un solo instante de vista. Noto el agua helada que cae de las nubes golpeando mi piel desnuda y comprendo que esta vez la tormenta será abismal y mucho más potente que la anterior. Está en mi naturaleza percibir esos cambios climáticos, aunque pocas veces puedo preverlos lo suficientemente a tiempo como para poder resguardarme de ellos.

Veo el cobertizo del que Magená me ha hablado a pocos metros de distancia. No son más que cuatro tablas mal puestas que, seguramente, el guardián de estas tierras habrá colocado ahí para resguardarse del sol durante las horas más fuertes. Magená abre la puerta y observa el interior mientras el viento juega con su melena, revolviéndola a su antojo.

—¿Entramos los dos? —pregunto, decidido a quedarme a la intemperie si

es necesario.

Ella asiente y me propina un empujón para que pase primero. Después pasa ella, cerrando la puerta tras de sí. El silbido del viento se filtra entre las rendijas de la madera y la estructura de nuestro improvisado refugio se tambalea según la fuerza de la tormenta va en aumento.

—¿Estás bien?

Magena mueve la cabeza en señal afirmativa, antes de abrazarme por la cintura. La lluvia se está descargando con mucha más fuerza que antes, de manera que las gotas de agua consiguen filtrarse por las aperturas del techo y llegar a calarnos a nosotros.

—He visto el futuro —confiesa, pensativa—. Y es un futuro muy desagradable, Denahi...

Ella guarda silencio y yo le concedo unos instantes para que continúe.

—¿Crees que alguna vez tendré una visión feliz?

Su pregunta me pilla por sorpresa.

—No lo sé —respondo, alzando la voz unos tonos más de lo normal para que pueda escucharme a pesar del temporal.

—He visto a un niño pequeño... Al hijo de una amiga mía. Estaba enfermo, muy enfermo... No podía respirar —me explica, afligida—. Su madre y su padre lloraban sin comprender qué le pasaba al niño mientras el pecho del pequeño subía y bajaba muy desacompañadamente..., hasta que, al final... moría. He visto el futuro, Denahi.

Pestañeo varias veces, incrédulo, y me obligo a coger aire para calmar los latidos de mi corazón.

—¿Denahi? —repite ella, percibiendo mi nerviosismo.

Aún estoy procesando lo que la chica águila acaba de decir cuando le respondo.

—Has visto el pasado, Magena...

Ella sacude la cabeza en señal de negación levantando la barbilla para mirarme fijamente a los ojos. Tiene el rostro y el cabello mojado por la lluvia, la mirada brillante y cristalina. La oscuridad tan solamente me deja entrever algunas sombras de sus facciones, pero a pesar de ello, sé que incluso así está hermosa.

—No es posible, Ya sabes que no puedo ver el...

—Eso ya ha pasado, Magena —repito, cortándola—, yo lo viví. Estás hablando del hijo de Kayla...

Sus ojos se abren como platos en la oscuridad, lo que indica que

efectivamente, he adivinado.

—¿Cómo...?

—Eso ya ocurrió —respondo escuetamente, apretándola con más fuerza contra mi pecho para protegerla del temporal.

La lluvia cada vez cae con más fuerza y el viento agita sin piedad el cobertizo en el que nos encontramos metidos. Lo más fuerte de la tormenta aún está por llegar, así que lo mejor es que mantengamos la calma.

—¿Cómo es posible, Denahi? No puede ser... —murmura de forma entrecortada, prácticamente en un susurro.

Suspiro hondo, armándome de valor para relatar esa historia.

Al fin y al cabo, aquel niño que murió cambió mi vida para siempre.

—El pequeño nació débil y antes de lo previsto —le explico, procurando no perderme en detalles insignificantes—, y cuando un niño viene al mundo de esa manera, no se le concede un nombre hasta pasado un tiempo prudencial. El niño casi no lloraba al nacer, no tenía fuerzas para mover sus bracitos. Cuando la partera colocó la cabeza sobre el cuerpecito del pequeño dictaminó que había nacido con los pulmones mal y que no podría respirar.

Puedo sentir a Magena estrechándose con más fuerza contra mí. No sé si es por la tormenta o por la historia que estoy relatando, pero el calor de su cuerpo me proporciona fuerzas para continuar.

—¿Murió, verdad? —musita en voz baja.

—Tardó dos semanas en morir, pero sí, murió. Todos sabíamos que iba a ocurrir, aunque el chamán le realizó todas las ceremonias que conocía. Nada sirvió, ni siquiera que los padres suplicasen ayuda y clemencia a los espíritus —explico, tragando saliva—. Mi padre hacía años que había fallecido y yo era el nuevo jefe de la tribu... —continúo con voz firme a pesar de que la peor parte de la historia se acerca—, y mi deber era proteger a los míos. Sabía que en el exterior, fuera de la reserva, había hospitales, médicos... Herramientas que estaban muy lejos de nuestro alcance..., y cuando vi el dolor de Kayla supe que debía tomar una decisión importante.

—¿Le propusiste trasladar al bebé al hospital?

Asiento con la cabeza a pesar de que ella no puede verme.

—Sabía que aquello implicaba poner en riesgo nuestro estilo de vida... Nuestros hijos no se inscriben en ningún registro, de manera que nosotros no existimos en la sociedad. No tenemos número de pasaporte y nadie nos ha cogido nuestras huellas dactilares jamás. Acudir a un hospital es romper nuestro tratado con el gobierno, es relacionarnos con lo de fuera... Y podía

significar perder todo lo que teníamos. O al menos, que las cosas dejaran de ser del mismo modo que lo habían sido hasta entonces.

—¿Kayla no quiso salvar a... su bebé? —me pregunta Magena con un nudo en la garganta.

—Su marido no quiso... Ni él, ni muchos hombres y mujeres de la tribu... Un grupo de guerreros se reunió a mis espaldas y decidió que no estaba haciendo honor al legado de mi padre... Fue entonces cuando Nayeli me retó.

—Lo siento —susurra en voz baja mientras acaricia mi brazo de forma cariñosa.

—Yo no soy... —añado, aunque me cuesta encontrar las palabras para continuar mi explicación—, no soy agresivo. Me educaron intentándome hacer creer que la violencia podía resolver cualquier conflicto, pero cuando pude pensar y decidir por mí mismo comprendí que la sangre debía de ser un último recurso y no el primero. Fui débil y decidí conceder el legado a Nayeli antes de enfrentarme con él en una lucha a muerte... No por el miedo de morir, si no porque creía que no podría vivir con la culpa.

—Entiendo... —susurra Magena, sin dejar de acariciar mi brazo—, ¿y qué pasó con el bebé de Kayla?

—Lo enterraron en la colina y Nayeli colgó su cesto de mimbre en un árbol, al este de nuestro poblado. Según la tradición, es lo que se debe hacer cuando un niño muere antes de caminar. Nadie puede tocar su cesto y durante meses debe quedar ahí colgado para que todos los miembros de la tribu recuerden al niño que murió.

Magen se queda en silencio varios minutos y yo la imito. Para entonces lo peor de la tormenta ha pasado mientras hablábamos y el viento cada vez sopla con menos fuerza en el exterior.

—Es un asesinato —escupe con la voz repleta de rabia y odio—, dejaron al niño morir por evitar sus propios problemas...

La chica águila tiembla entre mis brazos y puedo sentir la sangre de guerrera apache corriendo por sus venas. La rabia, la ira y el odio son patentes en su voz a pesar de que no pueda ver la expresión de su rostro.

—La reserva tiene sus propias leyes, ya te lo he dicho...

Sé que esa afirmación no logrará apaciguar su ira, pero espero que termine por asumirlo. Aunque yo no comparto el pensamiento de todos los miembros de la tribu, de algún modo, puedo llegar a comprenderles. Hemos sobrevivido conservando nuestra cultura y nuestro idioma porque nos encontrábamos aislados del resto y, quizás, integrarse en la sociedad podría repercutirnos

demasiado.

—Denahi —escupe Magena con la voz aún más cargada de rabia—, lo que he visto no era el pasado...

No entiendo a qué se refiere.

—Claro que lo era... Es lo único que tiene sentido —señalo, percatándome al mismo tiempo de que la tormenta ha terminado de amainar por completo.

Ya podemos salir al exterior.

—No, Denahi. No es el pasado —asegura Magena con la voz firm—, la última vez que vi a Kayla estaba embarazada... No creo que le faltase más de un par de meses para dar a luz.

Comprendo al instante lo que Magena quiere decirme y un nudo se forma en mi garganta.

La historia, una vez más, va a volver a repetirse.

## 5

Ayer regresamos bastante tarde y supongo que al sheriff no le hizo ninguna gracia, o al menos eso intuí en la despectiva mirada que me dedicó. Me gustaría pedirle a Magena que se trasladase conmigo, a mi casa, pero sé que no aceptará. No hasta que hayan dejado de perseguirla y esté convencida de que su padre está a salvo.

Hoy llego a casa de Magena un poco antes de lo habitual y con un par de cafés para llevar. Me he tomado la molestia de pasar por donde Janet en un vano intento por quedar bien con el sheriff Pharell, aunque él no parece apreciar mi gesto cuando le entrego el vaso.

—Esta vez procura no volver tan tarde —suplica el sheriff a su hija.

No es una orden, sino más bien una petición.

—Lo intentaré —bromea ella, dándole pequeños sorbos al café que envuelve entre sus manos.

Como es habitual, el sheriff ni siquiera me dedica un saludo de despedida.

Tampoco me importa. Entiendo cuáles son sus pensamientos hacia mí y supongo que esta es la mejor manera de convivir sin tensiones.

—¿Estás bien? —murmuro cuando nos quedamos a solas.

Magenasiente de inmediato.

—No sabes mentir —aseguro con una sonrisa, guiñándole un ojo—. Venga, cuéntamelo... ¿Has visto algo más?

Sé que está preocupada por su amiga, por Kayla, pero también sé que no podrá hacer nada para evitar ese destino. Si el hijo de Kayla vuelve a nacer enfermo, morirá igual que murió el primero. No hay más opciones. Ni siquiera yo, que era el jefe de la tribu conseguí cambiar aquel final.

—Quiero ir a la reserva —me dice, mirándome fijamente.

—No es buena idea... —aseguro yo, pensando en la última conversación que la escuché mantener con Unkas.

Además, si vuelve a la reserva yo no podré protegerla. Nayeli dejó muy claro que tenía vetada la entrada y que, en caso de incumplir el castigo que se me interpuso, no dudaría en actuar sin piedad.

—Denahi, por favor... —susurra con voz baja y sedosa—, Kayla es mi amiga, la conozco desde que era una niña... —me explica, colocándose sobre mi regazo de forma sensual.

Ella es tan... pasional, que el simple hecho de que nuestros cuerpos se rocen ya consigue despertar un instinto animal en mi interior.

Sus labios se hunden en mi boca de forma suplicante y su lengua se abre paso a mi interior. Yo le devuelvo el beso procurando ahogar un jadeo de placer mientras sus caderas comienzan a moverse de forma lenta, suave y rítmica. Sus manos se pasean por mis hombros y desciende lentamente para introducirse debajo de mi camiseta.

—Dime que me acompañarás... —suplica, apartando su boca de mis labios por unos instantes.

Yo le muerdo el labio inferior, rabioso, y gruño.

—Sabes que no puedo...

Lo que me pide es imposible.

Si me presento allí la tierra terminará manchada de sangre.

Ella se roza con más intensidad contra mí. Sé lo que está haciendo y, en el fondo, me gusta. Me gusta que sea tan provocativa, sensual y cabezota. Aunque a veces la última de esas cualidades sea capaz de exasperarme.

Sus besos se intensifican y sus manos se enredan en mi cabello para tirar de mí a su antojo. Unos segundos después, Magena se levanta de mi regazo para ponerse de pie frente a mí. Puedo ver en su mirada lo que anhela y desea y, si soy sincero, yo no me siento con fuerzas para negarle nada.

Comienza a desnudarse, dejando caer cada prenda junto a sus pies. Primero se quita la camiseta y después el sujetador, liberando sus firmes pechos. A pesar de tenerla desnuda frente a mí, la gasa que cubre la herida vuelve a captar mi atención y tengo que recordarme, una vez más, que ella aún no está del todo sana. Debo controlarme y no hacerla daño. Se termina quitando las braguitas, dejando todo su cuerpo al descubierto. Siento cómo todos mis músculos se tensan y reaccionan a su proximidad cuando ella se acerca hasta mí con una sonrisa en los labios. Me desnuda poco a poco, como si no tuviera ninguna prisa y como si contener sus deseos fuera más sencillo. Con delicadeza, levanto mi brazo y coloco mi mano derecha sobre su cadera. Tiene la piel caliente, como de costumbre, y muy suave. La deslizo hasta su

muslo y después vuelvo a subirla hasta llegar a su seno. Lo masajeo suavemente mientras ella termina lo que ha empezado y me desnuda por completo.

¡Dios! La deseo tanto... que las ansias de poseerla son casi insoportables.

Con calma, sin prisa, vuelve a colocarse lentamente sobre mi regazo. Puedo sentir su piel suave y delicada rozando la mía. Sus perfectos senos quedan a la altura de mi rostro e, incapaz de contenerme, acerco mi boca para morder su pezón izquierdo. Su sonrisa se amplifica más cuando lo succiono y un gemido ronco de placer abandona mis entrañas. Ella hace que me transforme en un animal primitivo y salvaje.

Puedo sentir su sexo húmedo rozando mi miembro y mis piernas cuando mueve lentamente las caderas. Me obliga a apartar la boca de su pecho y alza mi barbilla para besarme. Al hacerlo me muerde el labio con ansiedad y la sensación es tan placentera como dolorosa. Me encanta. Ella y todo lo que me hace sentir. Estoy convencido de que si no tuviéramos ninguna obligación más esta podría ser nuestra dedicación para el resto de nuestras vidas. Pero ahora que la he encontrado, las cosas son diferentes. Tengo que buscar la manera de cuidar de Magena. No puedo subsistir con pequeños huertos y con ropas andrajosas porque mi prioridad ha pasado a ser ella. Eso me recuerda que aún no he comenzado mi búsqueda laboral, aunque tampoco sé muy bien quién estaría dispuesto a contratar a un indio desterrado.

—Tsss... —musita, llamando mi atención—, deja de pensar... Disfruta de mí...

Estoy a punto de responder que siempre disfruto de ella, pero el placer de su cuerpo rozando el mío y provocándome es tan intenso que las palabras mueren en algún lugar de mi interior. Ella me besa con ansia, devorándome, mordiéndome y yo le devuelvo el gesto con la misma intensidad. Su sexo sigue rozándose con el mío, provocándome. Aunque me proporciona placer, el hecho de no poder desahogarme y sentirla por completo es frustrante. Unos instantes después, Magena se levanta brevemente y con movimientos lentos se va hundiendo sobre mí hasta clavarse por completo. Empieza a mecerse como antes, al principio de forma suave y lenta, pero después con más fuerza. Sus gemidos de placer y sus gritos van aumentando de volumen según sus caderas se balancean con más intensidad. Sus manos abiertas están sobre mi pecho. Ella echa la cabeza hacia atrás, dejando que su cabello cobrizo caiga por su espalda hasta llegar a su cintura. Continúa gimiendo y moviéndose sobre mí, reclamándome de la misma forma que yo la reclamo a ella.

—Oh, Denahi... —grita con la voz ronca.

La escena que me proporciona es tan sensual que tengo que cerrar los ojos y concentrarme para no estallar en ese mismo instante. Cuando consigo calmar mi ansia, abro los ojos para volver a contemplarla. Levanto mi brazo y acaricio sus pechos. Primero uno y después el otro. Sin prisa, masajeándolos, tocándolos y disfrutándolos mientras ella gime con más fuerza. Después deslizo mis dedos de forma suave, provocándola de la misma forma que ella lo ha hecho conmigo antes. Acaricio su monte de Venus levemente antes de deslizar los dedos por debajo y dejarlos sobre su clítoris. Ella gime con más fuerza y yo puedo sentir cómo los músculos de su interior se contraen, aprisionándome con fuerza mientras yo la toco hasta hacerla gritar de placer.

—Oh... Denahi, Dios...

Su nombre en mi boca suena tan bien que sé, en ese preciso instante, que es lo único que voy a necesitar el resto de mi existencia para ser feliz. Ella aumenta su ritmo, como si fuera una amazona cabalgando salvajemente. Masajeo su sexo con más fuerza y con la boca atrapo uno de sus pezones para morderlo. Ella grita aún más, aumenta el ritmo y sus músculos se contraen con fuerza, de manera que intuyo que está a punto de estallar. Muerdo levemente su pezón derecho en el mismo instante en el que ambos alcanzamos el éxtasis de forma simultánea. Después nos miramos, ambos con una sonrisa inmensa y sincera en el rostro.

—Dime que me acompañarás... —suplica con ese gesto de niña traviesa que consigue volverme loco.

—Lo haré...

Ella, complacida, me estrecha entre sus brazos mientras relaja su cuerpo sudoroso contra el mío.

—No tienes que preocuparte por tu integridad... —susurra en mi oreja, acariciándome el lóbulo con su nariz—, yo me encargaré de que nadie te haga daño.

La elevo entre mis brazos y subimos al piso de arriba para darnos una ducha. Magena se retira la gasa antes de meterse bajo el agua y puedo ver la herida, aún con puntos, supurando y resistiéndose a cicatrizar con rapidez. Ella no se queja nunca, pero sé que debe de dolerle. Cada vez que veo la maldita gasa en su pecho pienso que debía de haber sido yo la persona que recibiera esa bala, y no ella. No poder protegerla como me hubiese gustado hace que la rabia me carcoma por dentro. Nos abrazamos durante un rato y cuando el agua caliente comienza a templarse, nos apresuramos a

enjabonarnos con rapidez antes de que se termine por completo. Nos vestimos de la misma forma y, cuando sus ojos vuelven a chocar con los míos presiento lo que viene ahora. Toca regresar a la reserva.

Por una parte, prefiero acompañarla a que vaya ella sola. Pero por otro lado, sé que aparecer allí será demasiado doloroso. No solamente por el castigo que Nayeli decida ponerme, si no por toda la gente que volveré a ver ante mí después de tanto tiempo. Amigos, familia... Todos me abandonaron cuando me marché y jamás he vuelto a reencontrarme con nadie. Excepto con Unkas, que habitualmente suele acudir a Cave Creek a por agua u otro tipo de provisiones, aunque ni siquiera él ha sido capaz de dedicarme un simple saludo cuando nos hemos cruzados.

—Todo irá bien, ya lo verás... —asegura mi chica apache con una sonrisa tranquilizadora.

No sé qué es lo que la hace estar tan convencida de ello, pero esta vez espero que tenga razón. La veo bajar las escaleras y escucho cómo sale a la calle, mientras yo estiro cada segundo vistiéndome con lentitud. Necesito concienciarme y ser realmente consciente de todo lo que puede suceder hoy. Además, sé que la idea principal de Magena es explicarle a Kayla su visión, pero ella aún no cuenta con que Nashua, su marido, intervenga en el asunto. Sé que Kayla hubiera salvado a su primer hijo sin dudarlo, pero haberlo hecho hubiera implicado destroz todas las tradiciones que conocía.

Termino de calzarme y salgo al porche. Sonríe de forma estúpida al ver a Magena apoyada contra la ranchera. Lleva el sombrero sobre la cabeza, las piernas al descubierto y una camiseta de manga corta que no deja ver ni adivinar la herida que tiene en su pecho. Observo que sus brazos están levemente quemados por el sol a pesar de que ya lleva un tiempo viviendo en el desierto de Arizona. Parece que sus genes apaches se están resistiendo a salir a la luz.

—Date prisa —me grita, subiéndose en el asiento del conductor.

Vuelvo a soltar una risa tonta y sacudo la cabeza en señal de negación, asegurándome mientras tanto de que la puerta de la casa queda bien cerrada.

—¿Vas a conducir, Magena? ¿De verdad?

Ella finge ofenderse sujetando el volante con ambas manos.

—He prometido traerte de vuelta sano y salvo —me dice con el semblante muy serio—. ¿Acaso dudas de mis capacidades?

## 6

Magena detiene la ranchera en mitad de la reserva, rodeados de las casitas de adobe que tiempo atrás pertenecieron a mis vecinos. Ahora mismo, me cuesta recordar el pasado y verlos como lo que fueron: mi familia.

Mi chica apache suspira hondo y me lanza una mirada cómplice para inculcarme ánimos.

—Todo va a ir bien, ya verás...

Yo asiento, pero la verdad es que dudo mucho que vaya a ser así.

Aunque aún no hemos salido de la ranchera, ya puedo ver un par de ojos curiosos clavados en nosotros. Supongo que para la gente de la reserva recibir una visita inesperada de Magena ya es, de por sí, algo inusual. Todavía más si el antiguo jefe de la tribu, es decir, yo, acude como acompañante.

Magena desliza su mano hasta la mía y la aprieta con delicadeza en un gesto protector. Sonrío sin ganas y cuando ella tira de la manilla para bajarse de la furgoneta, yo la imito.

Al principio no percibo nada inusual, pero cuando rodeo el vehículo para encontrarme con ella unos leves cuchicheos llegan hasta mí. Varias personas abandonan sus casas para comprobar qué ocurre mientras que otras tantas observan con curiosidad a través de las ventanas. Estoy convencido de que Nayeli no tardará demasiado en aparecer y que la situación se tornara, ciertamente, muy desagradable.

—¿Estás bien? —susurra Magena en mi oído para que nadie más pueda escucharnos.

Comenzamos a caminar hacia la casa de Kayla mientras un cosquilleo recorre mis piernas. Es la fuerza de la tierra, del pasado y de las raíces la que está provocando esta extraña sensación en mi interior. No importa el tiempo que pase fuera, viviendo en Cave Creek. Por mucho tiempo que transcurra, yo siempre perteneceré a la tribu. De alguna manera, tengo la sensación de que mi espíritu sabe que ha regresado al lugar al que pertenece. Magena da un paso más hacia delante, pero yo me agacho para recoger un puñado de tierra arenosa. La palpo, dejando que mi piel se impregne de su esencia. Mi padre lideró esta tribu antes y después de mi nacimiento, y antes que él lo hicieron mis antepasados. Me pregunto si el resto de los apaches también percibirán lo

que Nayeli es en realidad; un simple impostor.

—¿Denahi?

Dejo que la tierra se deslice entre mis dedos y aprieto el paso para llegar a Magena. Está de pie frente a la puerta del hogar de Kayla. Intento pensar en las tareas de campo que le correspondían a Nashua para poder pronosticar si se encontrará en casa o no, pero la verdad es que el tiempo ha hecho mella en mis recuerdos y ya no soy capaz de recordar algo tan simple. Sé que si él no está en casa, todo será más sencillo. Y también sé que esté él o no, Magena insistirá hasta haber logrado hablar con su amiga, independientemente de a quien le moleste.

—Topanga... —saluda Magena con una sonrisa, levantando la mano de forma conciliadora.

Me giro hacia atrás nada más escuchar su nombre y la veo, petrificada, observándonos con los ojos abiertos como platos. Magena borra su sonrisa al ver que Topanga no le devuelve el saludo.

Topanga... De forma inconsciente, pienso en cómo habría sido el futuro para mí si Nayeli jamás me hubiera retado y yo no me hubiese visto en la tesitura en la que me vi. Si ninguno de esos sucesos hubiera tenido lugar, yo ahora mismo seguiría siendo el jefe de la tribu y, casi con total probabilidad, esa chica confusa que nos observa sin pestañear se habría convertido en mi mujer. Antes veía a Topanga preciosa, como la mujer más bella de la tribu, pero ahora, teniendo a Magena a mi lado, tengo la sensación de que nadie puede hacerle sombra. Magena es luz.

Sin decir nada, Topanga echa a correr en dirección al este del campamento. Pronosticar a dónde se dirige resulta tan sencillo como sumar dos más dos, aunque Magena parece aún confusa.

—Date prisa —insto, apremiándola—, no creo que tengamos demasiado tiempo.

Ella asiente y se apresura a golpear la puerta con el puño cerrado. Como nadie parece responder, vuelve a repetir los golpes.

Unos instantes después, cuando mi chica águila está a punto de rendirse, la puerta se abre levemente y los ojos asustados de Kayla se hacen presentes a través de la rendija de la puerta.

—¿Qué se supone que haces, Magena? —inquire con el tono cargado de desdén y terror—, ¿cómo se te ocurre venir a verme con... él?

Él.

Eso soy ahora: él.

El desterrado, el cobarde, el apeestado.

Una sonrisa incómoda aparece en mi rostro al pensar que tiempo atrás cualquiera de estas personas se hubiera dirigido a mí como “jefe”, mostrándome sus máximos respetos.

—Déjanos pasar... —susurra, contagiada por el repentino nerviosismo que flota en el air—. Denahi viene conmigo —señala, mirándome de reojo a modo de explicación.

Puedo sentir cómo la aparente tranquilidad de Magena se ha esfumado por completo.

Veo la duda en los ojos de Kayla, en cómo pasea su mirada por las casas de sus vecinos. Sabe que ahora mismo somos el foco de atención y que si no nos deja pasar todo el mundo continuará escuchando la conversación.

—Solo tenéis un segundo... —dice, apartándose para dejarnos pasar.

De forma inconsciente, mi mirada se clava en su abultado vientre. No sólo está embarazada si no que el bebé se encuentra muy próximo a nacer. Por primera vez desde que Magena me explicó su visión considero que lo más probable es que las imágenes pertenezcan al futuro y no al pasado.

Kayla cierra la puerta tras nosotros y de forma apresurada se dirige a la ventana. Aunque todos los vecinos continuarán pendientes de nosotros, al menos no pueden escuchar lo que estamos hablando.

—Kayla, tienes que escuchar... —susurra Magena de forma rápida, con la voz atropellada y nerviosa—, he tenido una visión horrible.

La mujer, muy incómoda, cambia el peso de su cuerpo de una pierna a la otra mientras se frota las manos de forma obsesiva.

—Tenéis que iros... —asegura sin dedicarnos una mirada—, esto me traerá muchos problemas y...

—¡Escúchame! —grita Magena, levantando la voz para que ella le preste atención. Camina hasta Kayla con el rostro serio y coloca una mano sobre su vientre—. He tenido una visión —repite—, y es sobre tu hijo.

Kayla abre los ojos como platos.

Soy consciente de que por primera vez está siendo consciente de lo que Magena le dice y ha centrado toda su atención en ella.

—¿Qué... ocurre... con él? —tartamudea, confusa.

El tono que ha empleado Magena y la dureza de su voz han evidenciado que la noticia que va a recibir no es buena.

—Va a nacer con la misma enfermedad, Kayla... —susurra Magena, esta vez empleando un tono más amable y empático—, va a tener problemas para

respirar...

Ella pestañea, incrédula.

Yo me mantengo inmóvil en una esquina de la habitación, observando la escena como un intruso que no ha sido invitado. De alguna manera, noto que el pasado vuelve a repetirse y que esta vez las cosas pueden terminar de un modo muy diferente. Magena es tan... diplomática. Quizás, después de todo, la mujer entre en razón y termine llevando al bebé al hospital.

—No... Eso no es posible... —murmura Kayla, sentándose sobre una colcha de piel junto a Magena.

Ambas se miran muy fijamente hasta que, unos segundos después, el rostro de la mujer embarazada se cubre de lágrimas.

—No llores, por favor... Esto no tiene por qué ser así, Kayla. Podemos hacer que las cosas sean de otra manera.

—¿Vivirá? —inquiere, mirando a Magena con esperanza.

Soy consciente por primera vez de que Magena ha dicho que el bebé nacería con problemas, pero que no ha augurado el final que le han concedido sus visiones. Con un nudo en el estómago, guardo silencio esperando a que mi chica águila responda con sinceridad mientras los episodios más horribles de mi pasado acuden a mi mente. Puedo verme hace años, en esta misma habitación. El primer bebé de Kayla está en un capazo de mimbre. Era un regalo que le habían hecho las mujeres de la tribu nada más nacer. El chamán también está presente, danzando a su alrededor mientras invoca a sus ancestros para que sanen al niño que está débil. Sacudo la cabeza, regresando a la realidad.

—No... Si no haces nada para evitarlo, morirá.

Kayla libera un grito ahogado repleto de angustia y ansiedad.

Una vez más, los recuerdos vuelven a agolparse en mi mente cuando asemejo aquel alarido de dolor con el que reaccionó a la primera muerte de su bebé. Es horrible.

La puerta se abre de un portazo.

De forma inconsciente, me giro hacia atrás adoptando una postura amenazante. Nashua aparece frente a nosotros con el rostro cargado de incertidumbre y, cómo no, de ira. Es más que evidente lo poco que aprecia mi presencia en su hogar.

—¿Qué hacen aquí? —pregunta con el tono de voz rabioso y los puños apretados.

Kayla, aún deshecha en un mar de lágrimas, no es capaz de responder.

—Ya nos marchábamos, Nashua. No hace falta que... —comienzo de forma conciliadora, pero no termino la frase porque él se lanza contra mí.

Veó su puño en el aire, volando en mi dirección antes de estrellarse en mi nariz. El sabor a sangre inunda mi paladar mientras el golpe hace que me tambalee hasta caer en el suelo de la casa. Nashua se coloca sobre mí, presionando mi cuerpo con su propio peso para inmovilizarse. Su movimiento y su repentina agresividad me han pillado por sorpresa, sacándome ventaja a pesar de que sé de sobra por los entrenamientos que yo soy mucho mejor luchador y guerrero. Y él también lo sabe.

Aprovecha su ventaja para golpearme en el rostro con todas sus fuerzas, sin titubear. Uno de los puñetazos que recibo, concretamente en el oído derecho, provoca que un pitido ensordecedor inunde el ambiente por completo. Me siento mareado, pero a pesar de ello, me esfuerzo por intentar liberar uno de mis brazos. Puedo percibir, también, los gritos de Magena y de Kayla. Con esfuerzo, termino liberándome de él, arrastrándome hacia un lateral. Nashua vuelve a intentar atraparme bajo su peso pero ahora he recuperado mi posición y soy capaz de defenderme. Le devuelvo un golpe que lo derriba al instante y me apresuro a levantarme del suelo. Veo cómo él hace un esfuerzo por incorporarse y, sin pensármelo dos veces, le propino una fuerte patada en el estómago que le hace volver a caer donde estaba.

—¡Ya basta!

La voz ronca y seria de Nayeli capta mi atención.

Alzo la mirada hacia el nuevo jefe de la tribu y, al hacerlo, no puedo evitar que el odio y el desprecio que siento hacia él fluyan en mi rostro.

Nashua se levanta del suelo y le lanza una mirada recriminatoria a su mujer. Me percató de inmediato de que Kayla aún continúa hecha un mar de lágrimas y percibo que su mal día no concluirá con la visita de Magena. Seguramente, cuando se quede a solas con Nashua, todo volverá a comenzar exactamente igual que la anterior vez. Ella querrá abandonar la reserva y él no se lo permitirá. Sé que Nashua no es un mal hombre, ni un mal marido, pero en la reserva se nos ha enseñado e inculcado que siempre tenemos que anteponer el bien común al bien personal y que lo más importante es cuidar y preservar las tradiciones sagradas de los apaches.

—¿No quedó claro tu castigo, Denahi?

El tono de voz que emplea para dirigirse a mí me hace ver que se siente muy superior a mi condición.

—Quedó muy claro, Nayeli. Esto ha sido una excepción.

—¡NO hay excepción! —grita, lanzándome una mirada repleta de odio.

Puedo ver cómo los demás miembros de la tribu se van aglomerando en la entrada, detrás del jefe de la reserva. Magena se atreve a caminar un paso en mi dirección pero detiene sus pasos cuando la atención del jefe se fija en ella.

—¿Tú le has traído?

—Ha sido cosa mía —miento con un hilillo de voz.

—Sí, yo le he pedido que me acompañe.

El rostro de Nayeli se cubre de confusión. Sé en lo que está pensando. Sabe que debe ser fiel a sus castigos y normativas y que si Magena me ha invitado a acompañarla a la reserva, debería de ser expulsada del mismo modo que yo lo fui. Pero también sé que Nayeli anhela el poder que tiene la chica águila y que desterrarla o prohibirle el acceso a la reserva significaría renunciar a algo sumamente valioso para él.

Kayla, deshecha en su llanto, decide intervenir en la escena.

—Magena ha vuelto a llamar al águila... —gimotea entre lagrimones—, mi hijo volverá a nacer enfermo...

El rostro de Nashua se tuerce en confusión.

Es evidente que ninguno de los presentes esperaba que la desgracia volviera a repetirse. Nashua, blanco, tantea la mirada entre su mujer y Magena, esperando recibir algún tipo de información más. Finalmente, es Nayeli quien decide tomar las riendas de la situación.

—Si así fuera, el destino dictaminará el futuro del niño y todos tendremos que aceptarlo —asegura el jefe con la voz seria—. Si el pequeño nace débil no servirá como guerrero, y si la muerte se lo lleva, sus razones tendrá. Los espíritus son sabios y nuestro camino está inscrito en los astros. No debemos olvidarlo...

—Podría salvarse... —susurra Magena, incapaz de asimilar que prefieran la muerte de un ser inocente a descubrir ante la sociedad sus tradiciones y cultura—, en un hospital, viviría.

La mirada suplicante de Kayla se fija en el jefe de la tribu, aunque tanto ella como el resto de los presentes sabemos cuál será su respuesta.

—Marchaos de mis tierras y no regreséis aquí a no ser que yo os lo ordene —gruñe Nayeli, dirigiéndose a mí y a Magena.

Suspiro aliviado al comprobar que la reprimenda no irá más allá.

Presiento que Magena se encuentra a punto de protestar, así que me apresuro a sujetarla por el brazo y a tirar de ella para abandonar la escena. Nos cruzamos, de camino a la ranchera, con todos aquellos que habían sido

mis amigos en un pasado.

—Esta vez conduzco yo... —murmuro, indicándole que acceda al vehículo por el asiento del copiloto.

Arranco el motor de forma apresura y la furgoneta se cala en dos ocasiones. Finalmente, cuando a la tercera va la vencida, piso a fondo el acelerador y no pierdo un solo segundo en abandonar este lugar.

—¿No ha servido de nada, verdad, Denahi?

La miro de reojo.

Magenta parece distraída, confusa y dolida al mismo tiempo.

—No, no ha servido de nada.

# 7

El día ha transcurrido con tanta rapidez e intensidad que cuando detengo la ranchera frente a la casa del sheriff me siento totalmente exhausto. Es la misma sensación que tengo esos días en lo que salgo a correr para desahogarme y pierdo la noción del tiempo.

Aún es pronto, pero el cielo se ha encapotado y el ambiente se ha oscurecido como consecuencia.

—Lo siento...

Me giro hacia ella y le dedico una breve sonrisa. Sé que ha actuado con la mejor de sus intenciones, lo que me hace sentirme muy orgulloso de ella.

—No hay nada que sentir. Al menos, lo has intentado.

Ella tuerce el gesto en una mueca de disgusto.

De forma inconsciente, aprisiono su rostro entre ambas manos obligándola a mirarme a los ojos.

—Olvídalo, por favor —susurro en voz baja—. Kayla es lo suficiente madura, adulta y responsable para tomar sus decisiones —aseguro, siendo plenamente consciente de lo que estoy diciendo—. La primera vez que ocurrió pudo haberse marchado, renunciando a la reserva y a su familia por salvar a su hijo, y no lo hizo. Decida lo que decida, será ella quien tenga que cargar con las consecuencias. No tú.

Durante mucho tiempo este asunto fue lo único que ocupó mis pensamientos. A lo largo de muchos meses me torturé a mí mismo pensando que no actué lo suficiente o que debí de haberlo hecho mejor, pero al final alcance esa conclusión. Cada uno es responsable de sus actos.

Magen sacude la cabeza en señal de negación.

—No es tan fácil...

—Sí lo es, Magen. Es así de fácil. No estoy diciendo que matar y no hacer nada por evitar una muerte sean lo mismo, pero sí estoy seguro de que ambos actos son horribles y merecen un castigo eterno.

Ella pestañea varias veces, mirándome muy fijamente y en silencio.

Puedo percibir por su reacción que todo esto no se reduce a Kayla, que hay algo más. Algo que la preocupa y que no se atreve a confesar.

—Cuéntame... —suplico, expectant—. ¿Qué ocurre?

Ella vuelve a sacudir la cabeza y, al hacerlo, una lágrima rebelde se desliza por su mejilla.

—No puedo, Denahi —musita, evitando mirarme directamente a los ojos—, no puedo... Me odiarías.

Suelto una repentina risita ante su declaración. Ella sabe tan bien como yo que eso sería imposible.

—Cuéntamelo... —insisto—, te aseguro que no te juzgaré.

—Fue hace tiempo... Es la razón por la que Los Calaveras están detrás de mí pista... —comienza, deshaciéndose de mis manos para liberarse y alejarse de mí—, no es fácil de explicar.

Guardo silencio y decido concederle unos instantes para que continúe, pero ella no lo hace.

—Dime qué fue lo que pasó, Magena. Cuéntamelo.

Finalmente, asiente.

—Yo había salido con unas amigas y volvía borracha a casa —explica. Aunque puedo ver en su rostro que se siente sumamente avergonzada narrando esos sucesos, continúa con el relato—. No era algo raro, ¿sabes? Mi tía solía decirme que estaba harta de mí, que terminaría echándome de casa y que tendría que regresar a Cave Creek. Pero en aquel entonces no me tomaba las cosas muy en serio...

Magena se queda en silencio cuando el grito agudo del águila resuena de fondo. Aún estamos metidos dentro de la ranchera, pero su sonido ha retumbado incluso en los cristales. Me incorporo hacia delante para observar el cielo a través de la luna y la veo sobrevolando el coche. Está planeando a un nivel mucho más bajo, como si ya hubiera detectado a su presa y se estuviera preparando para atacar.

—¿Mage...?

Me quedo blanco al observarla. Tiene los ojos abiertos, pero parece ida, como si no fuera ella misma. No termino de comprender qué es lo que está pasando, pero sé que esto no es como debería ser. Algo nuevo ocurre, algo que nunca había visto en ella. Un trueno resuena con tanta fuerza que la vibración de su sonido se expande por el coche. Y entonces, lo siento. Siento que desaparezco del mundo y que mi cuerpo deja de tener peso. Floto. Otro trueno resuena con fuerza y un destello deslumbrante me ciega la visión. Cuando por

fin vuelvo a recuperarla, no estoy en el coche, ni siquiera reconozco el lugar en el que he reaparecido.

—¿MAGENA? —grito, asustado.

Jamás había estado en este lugar hasta este instante.

Giro sobre mí mismo y me doy cuenta de que mi visión no es normal. No tengo cuerpo, es como si fuera un espíritu sobrevolando la tierra. Debajo de mí se encuentran un túnel y unas escaleras, así que intento moverme hacia algún lugar. Pero no puedo. Estoy fijo en un mismo sitio.

Una risita gangosa llama mi atención y me giro. Entonces la veo, es Magena. Lleva un vestido de cuero ceñido a su cuerpo y unas botas de tacón altas, casi hasta su rodilla. Parece mareada, como si no estuviera en sus plenas facultades. A pesar de encontrarse sola, Magena se ríe y murmura frases incoherentes. Está borracha... Es evidente. Aunque no sé dónde ni por qué soy yo quien está viendo esto.

Comienza a bajar las escaleras con esfuerzo y tarda más de diez minutos en lograr descender por completo. Cuando lo hace, consigo desplazarme detrás de ella, como si mi presencia aquí tan solo tuviera sentido vigilando sus pasos.

Unos metros después, Magena alcanza un pase de seguridad que da acceso a un andén. Estamos en un metro, claro. Veo que hay varias personas al fondo y, por los gritos que se escuchan, percibo que no están haciendo nada bueno. Agudizo más mi oído y mi visión, centrándome en los desconocidos. Tres hombres con chalecos de cuero, barbas y tatuajes por el cuerpo tienen agarrada a una chica que va casi desnuda. Tan solo lleva una diminuta falda que no llega a cubrir ni la mitad de sus mulos y un sujetador negro que le queda varias tallas más pequeño de lo que debería. Mi corazón se acelera cuando veo los primeros golpes que asestan a la chica. Magena, totalmente ajena a lo que está ocurriendo, accede tambaleándose al andén.

—¿De verdad pensabas fugarte sin pagar tu deuda? —le preguntan a la chica entre risas.

Uno de ellos le propina un puñetazo en el estómago, justo antes de que Magena se percate, por primera vez, de que no está sola.

Al principio tarda en reaccionar, pero después comprende lo que está sucediendo.

—¡Vete! ¡LÁRGATE! —grito con todas mis fuerzas.

Pero el sonido se pierde en mi interior y no llega a reproducirse nunca. Veo a mi chica águila esconderse detrás de uno de los carteles del metro. Al

parecer los hombres que tienen retenida a la mujer aún no se han percatado de la presencia de Magena. Puede que si se mantiene en silencio, consiga pasar desapercibida.

—No volveré a hacerlo... lo juro... —gime la chica a la que están golpeando, llorando de forma desconsolada—, por favor... —suplica.

Pero es evidente que esos hombres no tienen como cualidad la compasión.

Entonces, ocurre. Uno de ellos saca una navaja y le asesta tres puñaladas en el pecho. Los ojos de la chica se abren al instante, dejando escapar la vida que antes contenían hasta terminar apagándose. Magena está llorando pero se mantiene escondida detrás del cartel, tapándose la boca a sí misma con ambas manos.

—Tírala a las vías y limpia esto —ordena uno de ellos—, yo iré a por las grabaciones de las cámaras...

—¿Y el cuerpo? —pregunta el que tiene la barba más blanca, dejando caer el cuerpo inerte de la joven al suelo del andén.

—Tírala a las vías. Cuando el tren pase por encima la dejará echa papilla. Ni siquiera se molestarán en investigar que ha pasado.

El hombre lanza el cadáver a las vías, provocando un pequeño estruendo justo en el mismo instante en el que Magena libera un gemido de angustia. Los tres asesinos se giran sobre sus talones para ver de dónde proviene el sonido, adivinando que no están solos en el lugar. Alguien les ha visto y está más que claro que no quieren ningún cabo suelto.

—Magena... —susurro, fijándome en que dos de ellos caminan directos hacia su escondit—. Corre, por favor, corre...

Sé que no me puede escuchar, pero ella sale del agujero y echa a correr sin mirar atrás, directa a la barrera de pases por la que ha accedido al andén. Los dos hombres echan a correr tras su pista y el último de ellos se queda allí, en el metro, para solucionar el desastre que han causado.

Salimos al exterior. A pesar de no encontrarme cerca de ella, puedo sentir el corazón desbocado y asustado de Magena. Corre sin mirar atrás, como un cervatillo asustado que intenta escapar de las balas del cazador.

—Corre, por favor, corre...

La impotencia me corroe al no poder actuar.

Ellos la siguen muy de cerca mientras Magena busca ayuda. A alguien que pueda socorrerla. Intuyo que deben de ser horas bastante altas de la madrugada, ya que los comercios están cerrados y las calles están desiertas. Magena consigue girar a la derecha en una intersección e introducirse en un

callejón que está sumido en la oscuridad. No hay muchos huecos bajo los que esconderse, así que no se lo piensa dos veces antes de introducirse en el contenedor de basura. Como si pudieran oler su miedo, su sangre y su rastro, ellos acceden al callejón.

—¡JODER! —exclama uno, golpeando con fiereza la chapa de un Mercedes Benz que hay aparcado muy cerca—. ¡Se ha escapado, joder!

Y justo en ese instante, todo vuelve a derrumbarse y yo tengo la sensación de que la tierra vuelve a tragarse mi ser para escupirme, de vuelta, en la vieja ranchera de Billy.

El silencio se ha instalado entre nosotros y lo único que lo rompe son las fuerte y grandes bolas de granizo que golpean con fuerza la luna delantera del vehículo.

—¿Cómo... Cómo has hecho eso?

—No lo sé... —confiesa, con los ojos repletos de lágrimas—, así fue cómo sucedió. Al día siguiente fui a la policía y confesé todo lo que había visto. Tenía miedo de que pudieran hacerme algo... Ya sabes, por no haber ayudado a la chica. Fui una cobarde.

—No, no lo fuiste —aseguro con convicción—. Fuiste sensata. Te hubieran matado a ti también.

—Tú habrías intervenido, Denahi...

Guardo silencio, aunque sé que sí, lo hubiera hecho.

No por valentía ni por falta de sensatez, si no porque desde que era niño me han adiestrado y educado para atacar y luchar.

—¿Qué ocurrió después?

—Se celebró un juicio en el que yo declaré... Metieron a dos de ellos en la cárcel —me explica con temor—, todo el mundo conoce a Los Calaveras. Todo el mundo les teme.

—Si están en la cárcel...

—Han apelado al tribunal supremo y se les ha concedido un nuevo juicio —murmura, explicándome las cosas con un terror espantoso implícito en su voz—, yo soy la única testigo que presencié el crimen y...

—Si mueres, no habrá pruebas en su contra.

Magenta asiente con pesar.

—Tienen que librarse de mí —concluye, clavando la mirada perdida en algún punto lejano a través del cristal.

Yo hago lo mismo, pensativo, mientras escucho el grueso y sólido granizo golpear el techo de la ranchera con fuerza.

—No me importa quiénes sean, ni lo que quieran o pretendan —aseguro en voz alta—. No van a ponerte un solo dedo encima.

## 8

Había quedado con Magena en el río, pero llevo más de media hora esperando y no aparece. No sé cuándo debería comenzar a preocuparme, pero no creo que pueda soportar la incertidumbre diez minutos más.

Desde hace varios días estoy evitando pasar por la casa del sheriff, porque al parecer, a Pharell ha dejado de hacerle gracia que pase tanto tiempo en casa con su única hija.

—Muy bien... —murmuro en voz alta, levantándome de la roca sobre la que estoy sentado.

Lanzo una última piedra al agua y veo cómo rebota dos veces antes de hundirse en el fondo. Con impaciencia, decido que ha llegado la hora de ir a buscarla. Quizás sea una actitud un tanto paranoica por mi parte, pero no puedo sacarme de la cabeza las imágenes que Magena me mostró. Ahora sé que esa gente no se anda con tonterías y que no dudará en acabar con ella. Están cazando una presa y no pararán hasta finalizarla.

Vuelvo a revisar el reloj. Cuarenta y cinco minutos tarde; lo que no suele ser habitual en mi chica apache. Se me pasa por la cabeza la fugaz idea de que se haya marchado, huyendo. Pero no lo haría sin mí, ¿verdad? No lo sé.

Me apresuro a subirme a la ranchera del viejo Billy para hacer el camino de regreso. Por si acaso, recorro el escabroso sendero de tierra por el que supongo que acudiría Magena, esperanzado por cruzarme con ella en mitad del trayecto. Pero no es así.

Aparco la ranchera frente a la casa del sheriff y aguardo unos instantes antes de bajarme del vehículo. No sé porqué, pero tengo un mal presentimiento.

Camino despacio hasta la puerta principal. Por alguna razón el corazón me late de forma descontrolada y me siento intranquilo. Estoy a punto de golpear la puerta con el puño cuando, de pronto, escucho un murmullo. Agudizo mi oído para diferenciar qué es hasta que comprendo de qué se trata... Alguien está llorando en el interior.

—¿Magená? —pregunto, abriendo la puerta lentamente.

A parte del leve llanto, no se escucha nada más en el interior.

Camino despacio, procurando hacer el menor ruido posible mientras intento averiguar la procedencia del llanto. Me digo a mí mismo que acabaré con la vida de todo aquel que se haya atrevido a tocar a Magena. No importa quién o quiénes sean, acabaré con todos si es necesario. El sonido se va acentuando. Viene del salón.

No tengo armas y tampoco dispongo de ningún objeto con el que poder defenderme de un posible ataque, pero aún así, sin pensármelo dos veces, abro la puerta de un portazo y me adentro en el interior.

—¿Denahi?

Ambas mujeres me miran con el ceño fruncido.

Kayla, hecha un mar de lágrimas, está envuelta en los brazos de Magena; llorando desconsoladamente.

—¿Qué haces aquí? —me pregunta, dubitativa, mientras me inspecciona de hito a hito.

—Yo... Yo pensé que...

—No importa —me corta Magena, sacudiendo la cabeza de lado a lado—, Kayla necesita nuestra ayuda.

Me quedo unos instantes contemplando la escena mientras intento encontrarle sentido.

—¿Has abandonado la reserva? —pregunto, porque es lo único que se me ocurre.

Ella niega rotundamente.

—Necesita nuestra ayuda, Denahi —repite Magena—. No sabe qué hacer... No puede marcharse y dejar la tribu porque eso es todo lo que ella tiene... No conoce más. Pero si se queda su hijo morirá...

Suspiro hondo y, antes de responder, clavo mi mirada en Kayla.

—Tendrás que tomar una decisión —aseguro, dirigiéndome únicamente a ella—, por difícil que sea, nosotros no podemos interferir.

Un par de lágrimas recorren su mejilla a modo de respuesta. Es evidente que ella sola ya había alcanzado dicha conclusión.

—En realidad, sí hay otra solución... —murmura Magena con un tono de voz misterioso—, pero no te gustará.

Las miro muy fijamente a ambas y comprendo que deben de llevar un buen rato juntas dándole vueltas al asunto. Frente a ellas, en la mesita auxiliar del salón, hay dos vasos vacíos y una jarra de limonada cuyos hielos han

terminado por derretirse a causa del calor.

—No quiero perderle... —gimotea Kayla, acariciándose el vientre con ternura—, pero no sabría qué hacer fuera de la reserva... Esta es la primera vez que salgo y... No podría. No sobreviviría.

—Lo harás —respondo, empleando de forma involuntaria un tono irónico. ¿Cómo se piensa que me las apañé yo?

Tampoco fue sencillo para mí, pero eso no le importó lo más mínimo a nadie cuando Nayeli decidió desterrarme y expulsarme de la tribu.

—Hay otra solución —susurra Magena.

—¿Cuál es?

Ella traga saliva y yo comprendo al instante que lo que me va a decir no es que no me vaya a gustar, si no que será una auténtica locura.

—Reclama tu puesto como jefe de la tribu, Denahi. Esa sería la solución más prac...

—Eso jamás —corto, esperando hacerla consciente de la estupidez que acaba de decir—. El día que decidí cederle el mandato a Nayeli lo hice con todas las consecuencias. No regresaré, y aunque quisiera hacerlo, tampoco podría, Magena. Creí que lo entendías...

Kayla parece ser consciente de que su única solución es abandonar la tribu, así que nada más escucharme su llanto se acentúa aún más.

—Tú eres su esperanza, Denahi... —susurra suplicante Magena—, no puedes abandonarla.

—Intenté ayudarla y no quiso aceptar mi ayuda. Ni ella, ni ninguno de los apaches de la reserva —le recuerdo sin piedad—, y ahora ya es tarde. Cuando me expulsaron la tribu dejó de ser mi responsabilidad, ¿no lo entiendes? Ahora el que manda es Nayeli, y si alguien tiene un problema, tendrá que hacerle frente a él.

Kayla traga saliva, se seca el rostro y se levanta de forma brusca del sofá. Magena, sentada, le lanza una mirada implorante que yo no paso desapercibida.

—Ha sido una mala idea venir aquí... Lo siento —murmura, antes de echar a caminar en dirección a la salida.

—Kayla, por favor... —suplica Magena en un intento vano por detenerla. Pero ella no lo hace.

Me pregunto al instante cómo demonios se las habrá ingeniado para llegar hasta aquí caminando desde la reserva, más aún estando embarazada. Seguro que medio pueblo se ha enterado de que otro indio más anda suelto por Cave

Creek, ya que la vestimenta de Kayla no pasaba desapercibida. El vestido de gamuza y los mocasines de piel no están muy de moda entre los pueblerinos.

Escucho el portazo con el que Kayla cierra la puerta y comprendo que nos ha dejado a solas. Magena me lanza una mirada repleta de odio y a mí se me encoge el corazón.

—No hagas eso —suplico—, solamente estoy intentando cuidar de ti. Desde que llegaste a este maldito pueblo yo... Yo me he sentido atraído por ti, Magena. Llevo procurando protegerte desde aquella maldita noche en la que Willburg intentó abusar de ti...

—Yo no te pedí jamás que cuidases de mí, Denahi... Nunca quise tu ayuda.

—Lo sé, pero...

Ella se levanta de forma brusca del sofá, haciendo que mi frase quede en el aire. Tiene los ojos llorosos y parece estar dolida. Supongo que, de alguna forma, puedo entender la impotencia que siente al querer ayudar a Kayla y no poder. Lo que no parece entender es que yo ya he vivido esto y sé perfectamente cómo terminará.

—Pero ella sí lo ha hecho, Denahi —musita con la voz cargada de sentimiento mientras camina hacia mí con lentitud—. Kayla necesita tu ayuda, te la está pidiendo y tú has decidido negársela... ¿Es que no te das cuenta? Tú eres su única esperanza...

—Magena...

Coloca su brazo encima de mi hombro y se pone de puntillas, frente a mí, para poder besarme en los labios. Sabe a sal, así que supongo que habrá estado llorando de forma desconsolada junto a Kayla.

—Puede que haya tardado en comprender lo que debe hacer, pero esta vez no dudará en defenderte, Denahi. Hay mucha gente en la tribu que te echa de menos... Que te quiere de vuelta.

Sus palabras calan hondo en mí.

¿De verdad me extrañan? Aún puedo recordar cómo Nayeli me expulsó. Cuando el nuevo jefe de la tribu pronunció el castigo con el que me condenaba, nadie, ni una sola persona, salió en mi defensa. Nadie se despidió de mí y ni siquiera pude ver un rostro apenado entre la multitud que acudió al juicio.

—Eso no es verdad...

Magena acaricia mi rostro de forma delicada, transmitiéndome todo el amor que alberga en su interior.

—Te aseguro que no es ninguna invención. Nayeli no es un buen jefe y la

gente parece haberse dado cuenta. Han necesitado perderte para valorarte, pero ahora mismo todos te quieren de vuelta, Denahi... —asegura con seriedad, aún con su mano sobre mi rostro—, todos quieren que regreses...

Después de tanto tiempo esforzándome por olvidar la reserva me cuesta creer que lo que me está diciendo es cierto. Regresar sería maravilloso, sí, pero lo cierto es que dejé de formar parte de esa tribu el día en el que Nayeli me expulsó. Y ese día perdí cualquier derecho a retarle. Cediéndole el cargo dejé pasar la oportunidad de luchar por mi legado y ahora ya no hay vuelta atrás.

Magena enrosca sus brazos alrededor de mi cuello y continúa besándome. Todavía siento la sal de sus lágrimas, pero poco a poco va recuperando su sabor habitual. Es dulce y amargo al mismo tiempo, como las fresas. Cierro los ojos y me concedo el placer de disfrutar de ella sin pensar en nada ni en nadie más. Con el ajeteo de estos últimos días prácticamente se me había olvidado cuánto disfrutaba de ella cuando la tenía entre mis brazos.

—Ven... —susurra Magena, separándose unos centímetros de mí—, quiero darme una ducha.

Sonríe de forma pícaro y yo le devuelvo el gesto.

Se da la vuelta y, sin esperarme, comienza a subir las escaleras hacia el piso de arriba mientras poco a poco se va desnudando. Va dejando caer las prendas al suelo, así que yo las voy recogiendo mientras subo tras ella con una sonrisa tonta en el rostro. Cuando llego al baño, ella ya está completamente desnuda. Se agacha para abrir los grifos y pone el tapón de la bañera para que poco a poco se vaya llenando. Me fijo en que aún conserva algunos cardenales antiguos en su piel, seguramente provocados el mismo día que recibió el balazo.

—¿Ya no estás enfadada conmigo? —pregunto, aunque sé perfectamente cuál va a ser su respuesta.

Ella me guiña un ojo y se acerca a mí.

—No lo sé... Deja que te conteste dentro de un rato —bromea, tirando de mi camiseta para quitármela por la cabeza.

Yo me quedo inmóvil y dejo que ella continúe desnudándose.

En realidad, la mayoría de las veces es así; Magena toma las riendas de la situación, y me encanta. Puede que haber pasado toda mi vida dirigiendo a la tribu me haya terminado cansando, no lo sé. Pero de esta manera disfruto. Me gusta que ella sea autoritaria, que tenga carácter, que sea testaruda y que sepa qué quiere y cuándo lo quiere. Cuando la miro, me preguntó cómo demonios he

sido capaz de sobrevivir tantísimos años sin ella.

—¿Sabes una cosa? —murmura con voz sensual mientras sus pechos rozan mi cuerpo y sus manos recorren mi torso.

—Sorpréndeme.

Ella sonrío y tira de mi cabello.

—Echo de menos esa coleta ridícula que llevabas —me dice, soltando una leve carcajada antes de recuperar la seriedad—. ¿Por qué te la cortaste?

De forma inconsciente, me torno pensativo.

Fue una decisión muy importante, algo que me costó muchísimo llevar a cabo. Según los apaches, cuando un indio pierde su cabellera también pierde su sabiduría y todo lo que ha aprendido a lo largo de los años. Y durante mucho, muchísimo tiempo, yo también creí que era cierto. Hasta que Nayeli me expulsó de la reserva y comencé a comprender lo rápido que funcionaba el mundo fuera de la tribu. Prácticamente conocía todos los aparatos del siglo XXI, aunque ninguno formaba parte de nuestra vida y, cómo no, tampoco sabíamos utilizarlos. Y cuando me marché y me instalé a Cave Creek comencé a darme cuenta de lo marginados que estábamos en la sociedad. Nos habíamos autoexcluido. Me di cuenta de que en el exterior la gente llevaba el pelo corto, largo e incluso de muchos colores. Y eso no hacía que las personas fueran más o menos listas..., simplemente, las hacía diferentes. Nosotros teníamos muchas costumbres arcaicas a las que yo me aferraba con plenitud. Al final, me di cuenta de que si quería sobrevivir aquí, entre la gente, debía adaptarme. No me quedaba otra opción.

—No me quedó otro remedio...

Ella sonrío de forma nostálgica. Puedo intuir que está intentando rememorar cómo era mi aspecto cuando era niño.

—Aunque la eche de menos, tengo que confesar que así estás mucho más sexy...

Su voz y su risa juguetona me vuelven loco.

Antes de que pueda decirme nada más, rodeo su cintura con mi brazo y tiro de ella para estrecharla contra mi cuerpo. Magena es cálida, nunca está fría. No importa qué temperatura exterior tengamos porque ella siempre está caliente, como si el fuego ardiera en su interior. La beso y ella me devuelve el beso. Húmedo, ardiente, pleno, ansioso. Sus manos se pasean libres por mi cuerpo, ahora ya desnudo, mientras mi miembro crece con rapidez ansiando recibir consuelo por su parte. Con delicadeza, beso la gasa que cubre la herida antes de que ella se aparte para cerrar los grifos. La bañera está lista y el agua

rebosa casi hasta arriba.

—Entra tú primero y tumbate —ordena mi mandona apache.

Yo obedezco sin rechistar.

Cuando me introduzco en la caliente agua, desborda e inunda el baño. Magena continúa sonriendo sin preocuparse por ello, así que yo también lo ignoro. Ella también se mete dentro de la bañera y se tumba sobre mi cuerpo. Le acaricio la espalda, los senos, la piel, el vientre, mientras me pregunto a mí mismo cómo puede existir una mujer tan perfecta y única. Sé que su lugar está en la reserva, que solo la tribu sería capaz de potenciar todos sus dones; pero pensando de forma egoísta tan solamente deseo que se quede a mi lado para siempre y que nunca jamás me abandone. Ese último pensamiento me hace recordar que aún no estamos a salvo, que sus persecutores tarde o temprano llegarán a Cave Creek.

—Te amo... —murmuro con la voz entrecortada, siendo consciente de que esta es la primera vez que se lo digo.

Magen me mira de forma seria y expectante, como si se hubiera quedado sin respiración y no supiera qué responderme. Al final, casi un minuto después, dibuja una sonrisa tierna en el rostro.

—No sé si esto es bueno o malo, Denahi, pero la verdad es que yo también te amo —responde sin apartar su intensa y ardiente mirada de mí.

Sé que lo dice por “Los calaveras” y por qué está convencida de que tarde o temprano tendrá que huir sin mí. Pero yo sé que no la dejaré, que la seguiré a cualquier parte del mundo y que cualquier cosa será suficiente si estoy a su lado.

Sus labios recorren mi cuello provocándome un escalofrío. Noto su mano bajo el agua, recorriendo mis piernas de forma lenta y provocativa. Ella continúa repartiendo besos por mi piel y yo siento que, de un momento a otro, estallaré. Sentirla de esta manera, sin recibir alivio, es prácticamente doloroso. Muy desesperante. Al final, sin poder resistir más tiempo, me clavo en su interior. Ella sonrío y frunce el ceño, mirándome con una sonrisa de medio lado como si mi comportamiento hubiera sido travieso. Le devuelvo la sonrisa justo en el instante en el que comienza a balancearse. El agua se mueve al son del vaivén de sus caderas, causando un pequeño oleaje. La veo moverse y, junto con el placer que me proporciona, me siento hipnotizado. Sus perfectos pechos se balancean frente a mí. Levanto la mano para aprisionarlo y, nada más rozar su pezón, Magena gime. Su rostro se descompone en una mueca de gozo y deleite.

—Denahi... —murmura, agachándose para besarme.

Su lengua se pasea por mi paladar, exigiéndome todo lo que hay en mí. Su cuerpo continúa meciéndose sin control mientras sus uñas se clavan en la piel de mis hombros.

—Eres mi diosa... —aseguro con un ronco gruñido.

Y no lo digo por decir, lo digo porque lo es.

Magena es tan mágica que, en ocasiones, tengo la sensación de que es irreal. Demasiado perfecta, bella y única para ser verdad.

De pronto, Magena se detiene en mitad del acto. Clava con más fuerza sus uñas en mis hombros y su mirada se pone en blanco. No comprendo lo que está ocurriendo hasta que su cuerpo comienza a liberar pequeñas convulsiones antes de caer sobre mí. La atrapo entre mis brazos y cargando con ella, salgo de la bañera intentando mantener la calma. Tiene que ser una visión, estoy seguro. Deslizo mi mirada hacia la ventana, esperando encontrar al águila en el cielo, pero no. La ventana del baño es tan pequeña que no deja entrever más que un diminuto pedazo de cielo repleto de nubarrones. Magena tiembla mientras yo la envuelvo en una toalla, intentando hacer que vuelva a mí.

—Por favor, Magena... ¿Qué ocurre?

Me repito a mí mismo que tiene que ser una visión, pero la verdad es que hasta ahora jamás había sufrido un trance tan largo como el de esta vez.

Los latidos de mi corazón se aceleran. Magena vuelve a temblar, esta vez de forma descontrolada. La aprieto con fuerza contra mi pecho y cierro los ojos antes de comenzar a hacer una cuenta atrás. Diez segundos más. Si en diez segundos no ha despertado del trance, pediré una ambulancia.

—Tres... dos...

No puede ser.

—Denahi... —murmura con un débil hilillo de voz.

Abro los ojos y la observo. Tiene el rostro repleto de lágrimas y parece muy asustada.

—¿Qué ocurre? ¿Qué pasa? —inquiero de forma atropellada mientras acaricio su rostro.

Magena parece muerta de miedo.

—Acabo de ver mi propia muerte.

## 9

La tormenta de esta noche no ha tenido nada que envidiar a la tempestad que se desató sobre Cave Creek el día que Magena y yo regresábamos del río.

A pesar de todo, aquí estoy, tumbado sobre el reclinado y roído asiento de la vieja ranchera de Billy. Tras tantos años de vida, la espuma del respaldo ha desaparecido y los muelles se clavan en mi espalda. Pero no me importa, quizás, incluso, colabore con la cafeína en la ardua tarea de mantenerme toda la noche despierto.

Son las dos de la mañana, pero aún puedo ver la luz del dormitorio de Magena encendida. Supongo que no podrá conciliar el sueño después de la visión que ha sufrido esta tarde... Esa en la que pronosticaba cómo “Los calaveras” terminarían dándole caza en Cave Creek. Aún recuerdo lo asustada que estaba, incapaz de controlarse a sí misma y dejar de temblar. “Tengo que marcharme ahora mismo, Denahi... No estoy a salvo, ni yo ni nadie que esté junto a mí cuando me encuentren”, me había dicho. Pero después de insistir, al menos, he conseguido que se quede en el pueblo una noche más.

Una noche.

Ese es el tiempo que tengo para pensar en algo; en algún lugar en el que escondernos hasta que ellos pasen de largo. Sé que lo más seguro, en este caso, sería coger la carretera y conducir sin rumbo, pero tengo el presentimiento de que tarde o temprano también terminarían encontrándonos. Necesito hallar la manera de librarnos de ellos de una vez por todas, porque en realidad sé muy bien que si simplemente huimos sin rumbo, jamás dejaremos de mirar hacia atrás para comprobar si alguien nos pisa los talones.

Alzo la mirada hacia el cielo. Parece increíble que después del aguacero que ha caído todo vuelva a estar despejado. Las estrellas titilan con fuerza en el firmamento, protegiendo una luna llena redonda que me recuerda a aquella

mágica noche que pasé junto a Magena en el desierto. Sonrío levemente al recordar aquellos instantes y me prometo a mí mismo que solucionaré todo este asunto y que la mantendré a salvo.

Diez minutos después, la luz de la habitación de Magena se apaga. La casa parece estar tranquila y lo único que se escucha es el aullar de un coyote en la lejanía. Bajo por completo ambas ventanillas para que cualquier sonido del exterior pueda filtrarse hasta mí, y cierro los ojos para descansar la vista. No recuerdo cuántas horas llevo despierto, pero la verdad es que estoy agotado...

El golpe seco de la puerta de la ranchera cerrándose de un portazo hace que abandone mis sueños de un plumazo.

—¿Mag...?

—¿Has pasado la noche aquí? —me pregunta, inspeccionando mi vestimenta—. Ya veo... Te dije que no era necesario.

Yo frunzo el ceño y no respondo, pero me percató de los surcos amoratados que rodean sus ojos. Tiene ojeras y mala cara, así que supongo que a diferencia de mí ella no ha conseguido dormir más de dos minutos seguidos. De forma inconsciente, libero un pequeño suspiro al comprobar que está a salvo y compruebo que los alrededores de la casa también estén tranquilos. Ha amanecido. Vuelvo a revisar su estado y esta segunda vez no paso por alto la mochila de viaje que lleva con ella.

—¿Nos vamos ya? —inquiero, accionando el contacto de la ranchera para poner el motor en marcha.

—Denahi... —bisbisea con la voz apagada—, lo siento, pero...

—No voy a dejarte, Magena —respondo de forma automática, apretando con fuerza el volante entre mis manos.

Ella clava su mirada en la casa mientras una lágrima rebelde se escapa para recorrer su mejilla con lentitud.

—No puedo dejar que me acompañes, ¿lo entiendes? No voy a permitir que nadie arriesgue su vida por mí. Tengo que solucionar esto yo sola porque...

—No voy a dejarte —corto de forma brusca, evitando continuar con esta conversación porque este último punto no es discutible—. No puedo dejarte —específico.

Magena sacude la cabeza de forma rotunda.

Un rebelde mechón de pelo se ha escapado de la coleta que lleva y cae por su rostro proporcionándole una ternura irremediable.

—Denahi, no puedes obligarme a estar contigo. No quiero que me

acompañes... Solamente necesito que me lleves a la parada de autobús.

La dureza con la que ha pronunciado esa última frase hace que mi corazón dé un vuelco. No puede estar hablando en serio... No es posible.

Respiro hondo, meto la primera marcha y abandono los terrenos del sheriff Pharell con lentitud. En cualquier otra ocasión conduciría a más velocidad, pero ahora mismo necesito estirar cada segundo que paso a su lado con la esperanza de que recupere la razón.

Lanzo una mirada furtiva a la cafetería de Janet cuando pasamos junto a ella. De reojo, puedo comprobar que el imbécil de Tom Willburg y su cuadrilla de perros falderos estaban tomando café en el interior. Magena tiene la mirada fija en la luna delantera, el semblante serio y los puños apretados con fuerza.

—No puedo dejarte, Magena... —murmuro con congoja.

No, ahora que la he encontrado, no seré capaz.

Ella es mi compañera, mi mitad. Esa persona que me hace sentir completo, la que le proporciona sentido a mi existencia.

—Vas a hacerlo, Denahi... Lo siento.

Un nudo aprieta mi estómago cuando pasamos de largo la gasolinera del viejo Billy. Intento hacer que mi mente funcione con rapidez pero no se me ocurre la manera de solucionar esto. No conozco ningún lugar en el que ella pueda estar a salvo y tampoco permitirá que arriesgue mi vida y la acompañe en la huida. Aún así, mi cabeza no deja de repetirme que perderla para siempre no es una opción. No podría vivir..., o al menos, no de la misma manera.

El cartel que indica “prohibido el paso” a la reserva aparece ante nosotros. Por unos instantes, Magena desaparece de mi cabeza y mis pensamientos se desplazan a Kayla. La última vez que se quedó fue por Alice, pero sé que esta vez no será igual. Sabe que la única persona capaz de ayudar a Kayla soy yo y que enfrentarme a Nayeli no es una opción ahora mismo.

—La reserva... —bisbiseo en voz alta mientras clavo el freno en seco.

—¿Qué haces? —inquire, apoyándose contra el salpicadero para detener el impacto.

No me lo pienso dos veces y realizo un cambio brusco de sentido. Magena me observa con los ojos abiertos como platos, sin comprender mi reacción.

—¿Pero qué demonios haces, Denahi?

Aprieto el volante entre mis manos, concentrado.

—Sé dónde puedes esconderte... Un lugar en el que no te encontrarán,

Magena.

Ella pestañea, incrédula.

No me gusta. La idea que he tenido no me agrada en absoluto pero sé que, al menos, estará a salvo y yo sabré dónde encontrarla. Ahora mismo eso es mucho más de lo que tenía hace dos minutos.

—¿Qué se te ha...? —comienza, aunque no culmina su pregunta—. Vaya... Has pensado en la reserva, ¿verdad?

Yo asiento de forma silenciosa.

—Ahí no podrán encontrarte. Nadie accede a la reserva sin que Nayeli y los guerreros lo sepan... Además, ¿quién se podría imaginar que te encuentras en la reserva apache? No hay nada que te relacione con ellos, Magena, nada en absoluto.

La veo titubear, confusa.

—Podría funcionar, pero...

—Funcionará —aseguro, esperanzado.

El cartel de “prohibido el paso” vuelve a aparecer frente a nosotros y yo detengo de un frenazo seco la ranchera de Billy. Magena me mira de reojo y puedo intuir que aún continúa sopesando si la reserva será un lugar seguro.

—Podrás cuidar de Kayla...

Sé que es una excusa absurda, pero espero que contribuya a tomar una decisión.

—No lo sé, la verdad... Ya te lo he explicado, no quiero poner en peligro a...

—Magena, para —le corto, sujetando sus manos entre las mías—, sabes tan bien como yo que no considerarán un refugio la reserva. Si la sangre apache no correría por tus venas ellos jamás te aceptarían la tribu... Nadie entra y nadie sale, así de simple.

—Denahi...

—Yo estaré vigilando —prometo, mientras siento cómo mis pulsaciones se aceleran a la espera de una respuesta—, no dejaré que nada malo ocurra. Lo prometo.

Mi chica apache se lanza sobre mí para envolverme entre sus brazos. Intuyo por la forma que tiene de aferrarse a mi piel que esto es una despedida, y que en el fondo le gusta tan poco como a mí.

—Denahi, cuida del sheriff, por favor.

Asiento de forma automática y, antes de que pueda bajarse del coche, la sujeto del brazo para impedirselo y la beso. Es un beso ansioso y

desesperado, una forma silenciosa de gritar que la amo. Cuando nos separamos, Magena se baja de la ranchera y echa a caminar por el sendero rocoso que conduce hasta la reserva. Me quedo aquí plantado, observando cómo sus botas camperas levantan polvo con cada pisada y cómo su silueta se va volviendo un poco más pequeña en cada metro que avanza.

No puedo entrar en la reserva; no después de lo que ocurrió la anterior vez. Pero ahora que Magena no está, tampoco sé a dónde ir. Quiero protegerla a pesar de todo y no saber cómo hacerlo me resulta demasiado frustrante.

Siento cómo mi corazón se encoge de angustia en el instante en el que Magena termina de desaparecer en la lejanía. Sé que Nayeli le impondrá sus condiciones para poder quedarse y sé cuánto desea a Magena, y eso me carcome por dentro.

# 10

De algún modo, tengo la horrible sensación de que todo el mundo está en el lugar al que pertenece, menos yo. Magena no nació en la reserva, pero salta a la vista que en ella predomina el espíritu salvaje de sus antepasados.

Hoy el sol golpea con tanta fuerza que, aquí metido, me siento asfixiado. Se ha convertido en una rutina acudir a la reserva y esperar en la entrada de la misma hasta que las horas de luz se agotan. A veces, incluso, decido quedarme aquí dentro a pasar la noche. Otras veces me marcho a casa a darme una ducha y a comer, pero las ocasiones en las que lo hago son contadas. Tengo la sensación de que Magena y yo estamos unidos por una cuerda invisible y que, cuando estamos separados, la cuerda tira y tira con fuerza intentando volver a unir nuestros caminos.

La echo de menos. Tanto que el dolor es casi insoportable.

Además, la guardia que realizo es demasiado monótona y solitaria. Pocas veces alguien sale o accede a la reserva, por no decir que el único con el que me he cruzado ha sido con Unkas, que aún continúa sin dirigirme siquiera un triste saludo. En el fondo, sé que es un buen chico y que simplemente está influenciado por Nayeli. Lo entiendo, él es el jefe y ellos deben seguirle. Tampoco le culpo porque se haya enamorado de Magena. ¿Qué hombre en su sano juicio no se volvería loco nada más verla? Ella es todo lo que cualquiera podría llegar a soñar, desde luego.

En realidad, hay varias razones por las que estoy aquí parado. Sé que si los tipos que persiguen a mi chica apache llegasen hasta Cave Creek no harían su primera parada en la reserva. Supongo que antes pasarían por el pueblo e interrogarían a la gente, o creo que al menos eso sería lo más lógico. Hace cuatro días que el sheriff Pharell piensa que su hija abandonó el pueblo. El resto de la gente de Cave Creek hace aún más tiempo que no la ve, como poco desde que regresó del hospital. Seguramente continuarían con una pista falsa y se marcharían lejos de Arizona —o eso espero que ocurra—. Pero aquí, aparcado frente al cartel de “prohibido el paso”, tengo la sensación de que

estoy cerca de ella.

Tampoco quiero imaginar qué ocurrirá cuando Kayla se ponga de parto, pero sospecho que Magena no sabrá quedarse callada. Sé cómo es, la conozco. Es testaruda y luchadora, una guerrera. No dejará que el niño muera sin antes pelear por él, tal y como ocurrió con Alice.

Escucho el murmullo de una ranchera en la lejanía y centro mi atención en el sendero. Supongo que será Unkas, una vez más. De forma inconsciente siempre espero que la maldita ranchera se detenga al llegar al cartel y que Magena se baje del vehículo para subirse al mío. Eso conllevaría retroceder al núcleo del problema, pero al menos estaríamos juntos otra vez.

Aunque intuyo que hoy sí será un día diferente.

Unkas comienza a reducir la velocidad hasta detenerse por completo a mi lado. Busco con la mirada a Magena, pero ella no está con él. Me quedo observando cómo se baja del coche y camina con lentitud hacia mí y, de pronto, imagino que quizás ella pueda haberle dado algún mensaje para entregarme. Sé que a Unkas no le haría ninguna gracia desobedecer a Nayeli, pero también sé que Magena puede ser muy persuasiva.

Unkas se detiene en mi ventanilla.

Lleva la cabellera atada en una larga trenza que yo paso por alto. Puedo imaginar qué pensará de mí al verme así vestido y con este corte de pelo, y sé de sobra que no me agradaría escuchar ninguno de esos pensamientos.

Sonrío, procurando adquirir una actitud conciliadora.

—¿Qué hay, viejo amigo?

Él tuerce el ceño en una mueca de disgusto.

No le agrada verme y por lo que me transmite, tampoco se siente cómodo dirigiéndose a mí.

—El jefe Nayeli no quiere que estés aquí... —me comunica—, deberías marcharte.

Repito la última frase en mi mente; “deberías marcharte”.

No lo ha dicho empleando un tono de voz amenazante, pero supongo que ha repetido palabra por palabra lo que Nayeli le ha ordenado decir y que, en la boca del jefe, sí era una amenaza real. Tampoco he pasado por alto que ha especificado quién es el jefe de la tribu.

—No estoy en vuestros terrenos, Unkas —respondo de forma cortante, empleando su misma actitud—, así que puedes decirle a Nayeli que deje de preocuparse por mí.

Al parecer, mi respuesta tampoco le resulta satisfactoria.

Unkas aprieta los puños y se dispone a dar media vuelta, pero al final no lo hace.

—¿Eres tú quién está envenenando el agua del pozo? Es extraño que ocurra desde que tú te marchaste...

Su pregunta no me pilla totalmente por sorpresa, así que antes de responder, suelto una pequeña risita.

—¿Eso os quiere hacer creer Nayeli? ¿Qué mi rencor me hace envenenaros el agua? Unkas, utiliza la cabeza. El pozo está en el poblado, así que seríais plenamente conscientes si accediera hasta él... Si alguien os está envenenando el pozo, no soy yo —señalo, esperando que el muchacho utilice la lógica—. A veces, los amigos son capaces de causar mucho más daño que los enemigos. Sobre todo cuando ellos a ti no te consideran un amigo.

—¿Qué estás insinuando? —inquire.

Puedo sentir su nerviosismo a kilómetros de distancia.

Sé muy bien que Nayeli no le ha ordenado mantener esta parte de la conversación y que eso le hace sentirse incómodo consigo mismo. En nuestra tribu —o mejor dicho, en la que antes era mi tribu—, nuestras costumbres y tradiciones marcan y el bien y el mal y pueden llegar a torturar la conciencia si actúas en contra de ellas.

—No insinúo nada.

No muy convencido, el chico se da la vuelta y se dirige de vuelta a su ranchera. Pero antes de arrancar, Unkas asoma la cabeza para entregarme un último mensaje.

—Ahora forma parte de los nuestros..., y tú no. Olvídala.

Las palabras se calan en mí como cuchillos y la sola idea de no poder volver a verla me encoge el alma.

Cuando me despedí de Magena en este mismo lugar fui consciente de que Nayeli no le permitiría quedarse si no aceptaba alguna condición. Lo que no llegaba a imaginar era cuál sería. Sé que desea poseerla, pero los apaches no permiten imponer la voluntad de alguien sobre otra persona en el matrimonio. Una mujer debe aceptar libremente unirse a un hombre, siempre. Sin excepciones. Pero ahora comprendo cuál es la condición que le ha establecido; exactamente la misma que a los demás. Mientras conviva con ellos, no podrá abandonar el poblado ni comunicarse con el exterior. Preservar la cultura y las costumbres de la tribu será su finalidad más sagrada y jurará no abandonar los terrenos, siendo consciente de que el castigo que recibiría sería su inmediato destierro. No me importa quién la espera al otro

lado de estas fronteras invisibles, ella jamás podrá abandonar la reserva mientras espere recibir la protección de Nayeri. Ni siquiera por el sheriff. Ni siquiera por mí.

Contemplo la ranchera de Unkas alejándose en dirección a la gasolinera del viejo Billy mientras una lágrima de angustia se desliza por mi rostro.

Los días continúan pasando, uno detrás de otro, sin ninguna novedad.

El pueblo de Cave Creek se mantiene tranquilo y el sol aprieta sobre nuestras cabezas.

Echo de menos a Magena, así que los días parecen no tener final. Los segundos se han convertido en minutos y los minutos se me antojan horas. La cuerda invisible, esa que me ata a ella, cada vez aprieta más y más. Tengo la sensación de que si no consigo reunirme pronto con ella terminaré volviéndome loco.

Me bajo de la ranchera del viejo Billy con la bolsa de cartón y el refresco. He comprado un sándwich mixto en la cafetería de Janet, así que está será mi comida hasta que oscurezca y regrese a casa. Aunque no me marchó tranquilo, hace demasiados días que no duermo en una cama de verdad y creo que me vendrá bien descansar.

Pateo un pedrusco que se interpone en mi camino y paseo en círculos, siempre sin rebasar la maldita línea que separa los terrenos de la reserva con Cave Creek. Bueno, en realidad, no hay ninguna línea; pero yo puedo verla en mi cabeza como si fuera real. Es como si las órdenes de Nayeli también hubieran calado hondo en mi interior.

Mordisqueo el sándwich. El queso está caliente y el pan, a pesar de haber sido tostado, se ha quedado demasiado blando por las altas temperaturas. Pero lo importante no es que esté bueno, si no que me llene el estómago y sirva para calmar el hambre. Con eso es más que suficiente. Aún recuerdo las huertas de la reserva y las tareas agrícolas que teníamos. Allí, en la tribu, todo era mucho más sencillo y natural. Cada uno tenía su tarea y todo funcionaba a la perfección. De alguna manera, puedo llegar a entender el miedo que siente Kayla de abandonar la seguridad de lo conocido. Yo también vivo ese miedo cada día, incluso ahora que ya llevo un tiempo sobreviviendo como puedo.

Cuando termino con el sándwich y con el refresco, me siento en el suelo y me quito los zapatos para que mis pies puedan entrar en contacto con la tierra.

La sensación es tan agradable que por unos instantes me olvido del dolor que me causa estar separado de Magena. La arena arde, pero la piel de mis pies está tan curtida que casi no siento el calor traspasar.

Por primera vez en mucho tiempo, mis músculos se relajan, permitiéndose olvidar la tensión de la guardia constante. Me tumbo por completo sobre el polvo del desierto y observo el cielo azul celeste que Arizona nos regala hoy. Mi mirada se pierde en una nube blanquecina que tiene forma de pájaro. Quizás, incluso, de águila. Sonrío y me digo a mí mismo que mi imaginación ha comenzado a desvariar, lo que tampoco me extraña en absoluto. Tengo tantas ganas de verla que puedo imaginármela allí, en el cielo. Veo su profunda mirada, su pelo cobrizo tan rebelde como siempre y sus carnosos labios que incitan a la locura. Aún en mi imaginación, Magena sigue tan blanca como de costumbre. No importa que sus raíces sean apaches o que viva bajo el sol de Arizona, porque como mucho consigue adquirir un tono sonrojado que la dota de un aspecto extranjero. Magena... Estiro mi brazo, intentando acariciar sus mejillas salientes, sus pómulos delicados, su rostro ovalado. Sus pestañas alargadas y sus cejas naturales hacen que su belleza, simplemente, sea mágica. La viva imagen de la bella Enola, esa que hechizó con su don y su hermosura a todos los hombres de la reserva.

Puedo ver que, al fondo, una nube un tanto grisácea se acerca hasta quedar sobre mí. Sonrío todavía más al pensar en la lluvia, en la tormenta y en la tempestad que Magena invoca cada vez que llama al águila. Es como si después de tener la visión el planeta quisiera borrar cualquier rastro del futuro, como si quisiera limpiarlo todo.

—Te echo de menos... —susurro en voz baja, pensando en mi compañera.

Hundo mis pies bajo la arena, doblando las rodillas. Con las manos, recojo un puñado de tierra y la dejo caer poco a poco filtrándola entre mis dedos. Sé que bajo este suelo corre el agua que después sale a la superficie en el río, porque puedo sentirla. No sé cuál es la razón real, pero al igual que Magena tiene un el don de la visión, yo puedo intuir dónde crecerá la vegetación o dónde nacerá el agua. Y la verdad es que eso es algo de lo que siempre he disfrutado. Al igual que ahora, de pequeño pasaba largas horas tumbado sobre el suelo, escuchando cómo se movía el núcleo de la tierra. Podía percibir hasta el más leve seísmo, la sequedad, el agua o las raíces de una planta que comenzaba a crecer en el subsuelo. Sonrío y vuelvo a dirigir mi atención a la nube grisácea que continúa flotando sobre mí. Cada vez es más oscura, lo que me hace preguntarme si comenzará a llover.

Todas las dudas se despejan cuando dos minutos después una primera y fría gota cae en mitad de mi frente, haciendo que me levante del suelo. A la nube grisácea se le han unido otras tantas, provocando una pequeña aglomeración. La segunda gota cae sobre mi brazo y después vienen las demás. Camino hasta la ranchera, observando mientras tanto cómo el suelo comienza a teñirse con puntos más oscuros. Me resguardo del repentino aguacero y contemplo el agua recorriendo la luna delantera del vehículo. ¿Tendrá Magena algo que ver con esto?

Suspiro hondo y apago la radio que, antes, había dejado encendida para escuchar el sonido del agua cayendo de fondo. Bajo la ventanilla y me permito cerrar los ojos unos instantes, relajándome. Tengo la sensación de que el sueño está a punto de alcanzarme cuando escucho un sonido extraño. Un aullido; puede que el de un coyote lejano que no encuentre resguardo de la tormenta. Abro los ojos y me incorporo en el asiento para observar alrededor. Desde esta posición puedo ver el sendero que accede a la calzada y la carretera que da acceso a Cave Creek. Si alguien precisa entrar en el pueblo, le guste o no, tendrá que pasar por aquí y cruzarse conmigo. Parece que todo está en calma, así que vuelvo a cerrar los ojos y me concentro en el “toc, toc” que provocan las gotas de lluvia al chocar contra la chapa del techo de la ranchera. Toc, toc, toc. Toc, toc, toc... Cada vez con más fuerza, con más agresividad.

El viento se cuela por mi ventana, haciendo que el brusco cambio de temperatura me provoque un escalofrío y me erice el vello de la piel.

Subo uno de las ventanillas, girando con rapidez la manivela para cortar la corriente que, de pronto, ha comenzado a azotar el vehículo. Es increíble que tan sólo unos minutos atrás hubiera estado ahí tumbado, bajo un cielo azulado mientras los rayos de sol se filtraban en mi piel. El aullido del animal vuelve a sonar, pero esta vez no ha sonado tan claro. Parecía el grito de una persona. Un grito de auxilio.

Me bajo de la ranchera y para tener una mayor perspectiva de aquello que me rodea. El viento continúa soplando con tanta fuerza que me cuesta mantenerme erguido en un mismo lugar. La tormenta parece tan irreal que hubiera podido jurar que esto se trataba de pura magia.

—Magena...

Ha tenido que ser ella, estoy convencido.

El grito vuelve a llegar a mis oídos y esta vez camino unos pasos adelante cuando veo la silueta deforme caminar a trompicones por el sendero que da a

la reserva. Necesito agudizar mi visión para comprender que se trata de ellas; de Kayla y de Magena. Parece que caminan abrazadas, desafiando al viento que la intenta retener en los terrenos de la tribu.

Sin pensármelo dos veces, me subo a la camioneta y acciono el motor. Lo hago con tanta rapidez que, cuando suelto el embrague al meter la primera marcha, la ranchera se cala con una fuerte sacudida. Repito el proceso, esta vez procurando mantener la calma.

—Venga, venga... ¡Joder! —exclamo, saliendo escopetado en dirección a ellas.

Están lejos aún.

Según me voy acercando a ellas comprendo que algo no marcha bien. Si, caminan en contra del viento, pero da la sensación de que sus movimientos son bruscos y torpes. Como si una de las dos —o las dos— estuviera herida. Mi corazón se acelera y de forma instantánea piso a fondo el pedal del acelerador. Detengo la ranchera de forma brusca a un par de metros de ellas, haciendo que el vehículo derrape hacia el arcén no pavimentado de la calzada.

—¡Magena! —grito, saltando del asiento.

Ambas están caladas de pies a cabeza y parecen exhaustas. Pero la que está herida no es Magena, si no Kayla. Su rostro está descompuesto en una horrenda mueca de dolor.

—¿Estás bien? —pregunto, primero a mi chica águila.

Ella asiente de forma inmediata y desvía su mirada hacia la mujer que sujeta entre sus brazos.

—¿Está herida? —inquiero, sin comprender que es lo que sucede.

Magena sacude la cabeza en señal de negación.

—Está de parto —me explica con un hilillo de voz.

—Por favor... —murmura Kayla, con los mechones de pelo mojados y adheridos a su rostro—, ayúdame, Denahi...

Una mirada suplicante de Magena basta para que reaccione ante la situación y cargue con Kayla aupada entre mis brazos. Sé muy bien qué es lo que tengo que hacer ahora.

—¿Y si el niño muere, a pesar de todo?

Magena está calada de pies a cabeza. Por suerte, en el hospital, le han dejado un albornoz seco para que se ponga encima de la ropa chorreante. Puedo ver cómo varias personas clavan su mirada en nosotros, y la verdad es que dada nuestra apariencia actual tampoco es de extrañar. Creo que yo llevo tres días sin ducharme y Magena va descalza.

—Entonces lo habremos intentado —me explica, percatándose de cómo miro sus pies descalzos—. Si entraba en la casa a por los zapatos Topanga se daría cuenta de que nos marchábamos y avisaría a Nashua.

Me lo suponía.

La arena sobre la que se encuentra el poblado de la tribu es muy fina y sedosa, de manera que la mayoría de la gente no precisa calzado a no ser que se desplace hacia las afueras. Es una costumbre un tanto estúpida, pero puedo asegurar que proporciona comodidad y libertad.

—No me has entendido... —respondo, aunque en realidad sé que sí.

Sí, sé que el hecho de haberlo intentado merece la pena pero... ¿Pero qué será de Kayla si su bebé no sobrevive? Suceda lo que suceda, ella no podrá regresar a la reserva. Nayeli jamás se lo permitiría.

—¿Sois los amigos de la chica embarazada? —inquire una enfermera, acercándose a nosotros.

Magena asiente de forma inmediata.

Yo, mientras tanto, la estrecho con todas mis fuerzas contra mi pecho. Lo hago porque está helada, sí, pero también porque la había añorado demasiado. Aspiro el aroma de su pelo y me digo a mí mismo que ahora sí vuelvo a estar completo.

—Necesito más datos sobre ella... —murmura la enfermera—. ¿Cómo se llama?

Magena y yo nos lanzamos una mirada cómplice.

—Kayla.

—¿Apellidos?

Ella sacude la cabeza en señal de negación.

—¿No saben nada más sobre ella? ¿Ni fecha de nacimiento ni número de la seguridad social?

Mi chica vuelve a negar, encogiéndose de hombros a modo de disculpa.

La enfermera parece contrariada pero, finalmente, termina resignándose y regresa detrás del mostrador para hablar con la recepcionista.

—¿La atenderán de todas maneras?

—Sí. No pueden denegar la ayuda a una mujer a punto de dar a luz...

Suspiro hondo y, mientras tanto, rezo porque todo esto termine en buen puerto. No puedo ni siquiera llegar a imaginar cómo sería para Kayla la vida en Cave Creek —o en cualquier otro lugar—, sin sus costumbres, sus tradiciones, sus raíces y sin su bebé. Magena puede sentir mi ansiedad y se gira sobre sí misma para que nuestros rostros queden en frente.

—Yo tampoco podré volver a la reserva —me explica, aunque a ese punto también había llegado yo solito.

—No importa, buscaremos otra solución... —murmuro—. He tenido mucho tiempo para pensar y...

—Denahi —me corta, y sé que lo que va a decirme no me agrada—. No puedo quedarme y no puedo permitir que me sigas. No voy a cargar con eso en mi conciencia.

Una vez más, mi chica testaruda vuelve a la acción.

Estoy seguro de que esta vez conseguiré convencerla, pero supongo que me llevará un tiempo hacerla entrar en razón.

—Sé que te quedaste en el pueblo para estar cerca de ellos...

Yo no respondo, por qué se que diga lo que diga ella no lo comprenderá jamás.

—Si pudieras entender lo que siento por ti, jamás dudarías.

—No dudo... Es solamente que...

Sus ojos se empañan con rapidez y yo la aprieta con más fuerza contra mí. Llevamos un buen rato en la sala de espera y aquí, al menos, Magena va entrando poco a poco en calor y comienza a secarse. Su cabello continúa un poco húmedo, pero ha recuperado prácticamente su aspecto general.

—Tengo mucho miedo, Denahi —confiesa, rodeando con sus brazos mi cuello—. Sé que esto no terminará bien para mí... He vuelto a verlo, hoy. Moriré.

—No lo permitiré —contradigo con convicción.

Y entonces, le veo.

Unkas está de pie, junto a la recepción. Nos observa con el ceño fruncido y los puños cerrados. Desplazo a Magena a un lado y me levanto del asiento con un mal presentimiento rondándome.

—No, espera.

Magena tira de mi brazo, deteniéndome.

—¿Qué ocurre?

—Deja que yo hable con él.

Aunque no me hace excesiva gracia, acepto en silencio y vuelvo a sentarme en el asiento. Me quedo observando cómo ella se acerca hasta él. El cuerpo de Unkas se relaja instantáneamente, seguramente aliviado de que no sea yo su actual interlocutor. La conversación parece amena, pero nunca se sabe. Yo me mantengo alerta intentando atisbar algo a pesar de que el murmullo de la sala de espera no me permite escuchar ni una sola palabra. Magena está a punto de darse la vuelta cuando Unkas se acerca un paso a ella y la estrecha entre sus brazos. Mis músculos se tensan al instante y una oleada de celos sin sentido me inunda. “Ella es mía”, me dice una vocecita en la cabeza. Aunque sé perfectamente que tan solamente se trata de una despedida. Un adiós.

Magena regresa al asiento del que se ha levantando y sin decir nada, se sienta a mi lado. Sé muy bien lo que acaba de ocurrir.

—¿No podrás regresar, verdad?

Ella sacude la cabeza.

—Supongo que Kayla y el niño tampoco, ¿no?

Magena guarda silencio varios segundos, pensativa, antes de responder.

—Nashua no quiere volver a saber nada de ella ni del bebé —me explica—, así que Kayla y el pequeño estarán solos de aquí en adelante. Solo te tendrán a ti.

—¿A mí? —pregunto, sin comprender a qué se refiere.

—No puedes abandonarles por huir conmigo, Denahi... Ellos eran tu responsabilidad. Tu familia.

—Pero ahora mi familia eres tú...

No tengo pensado que la conversación termine con tanta rapidez, pero la enfermera nos interrumpe en ese instante. Por la expresión de preocupación de su rostro, intuyo que las noticias no son buenas y deseo con toda mi alma equivocarme. Si Kayla va a ser castigada, al menos, merece que su bebé salga adelante.

—La mujer ha sido trasladada al paritorio —nos explica—, el parto no parece presentar ninguna complicación fuera de lo normal, pero los ginecólogos han detectado una cardiopatía en el bebé. El niño tendrá que ser trasladado al quirófano nada más nacer.

Asiento en silencio mientras asimilo sus palabras. Magena susurra un leve “gracias” antes de que ella abandone la sala sin más noticias para nosotros.

—Tiene que vivir —asegura ella, esperanzada.

Yo entrelazo mis dedos con los suyos y aprieto su mano con fuerza.

—Lo hará. Tú le has salvado la vida.

Ella, afligida, no responde.

Cuando veo las facciones de su rostro comprendo que lo único que expresan es preocupación. Magena lleva cuidando de los demás desde que regresó a Cave Creek y, ni siquiera por un instante, ha permitido que sea otra persona quien cuide de ella. Las visiones que ha tenido estas últimas semanas han llevado implícita una tortura silenciosa y lenta.

Por un momento, me pregunto a mí mismo cómo de diferentes podrían ser las cosas si reclamo mi derecho al mandato y destierro a Nayeli. Puede que Kayla tenga razón y que algunos de los miembros de la tribu me apoyen, y si fuera así, quizás lograra sacar las fuerzas necesarias para enfrentarme a él a muerte. Entonces Kayla podría regresar a la reserva y Magena podría continuar escondiéndose de “Los calaveras” en el poblado. La vida sería mucho más sencilla para mí, tal y como la conocía antes. Tal y como me gustaría que continuase siendo. Pero, ¿realmente sería capaz de arrebatarme el derecho a vivir a Nayeli? ¿De asesinarlo con mis propias manos?

—¿Denahi? ¿Estás bien?

Sujeto el rostro de mi chica apache entre ambas manos y le beso en la frente. Después, la miro. La miro como nunca antes la había mirado. Intento captar cada detalle de su rostro; sus largas pestañas y el pequeño lunar que decora su nariz y que hasta ahora había pasado desapercibido. Magena es la viva imagen de Enola; la viva imagen de la más pura y bella hermosura.

—Te guste a ti o no, lo desees tú o no, yo siempre estaré a tu lado —le digo, aunque sé que el tono de mi voz ha comenzado a causarle cierta preocupación—. Desde el instante en el que mi corazón decidió amarte, todo cambió. Mi vida tiene sentido porque tú estás en ella, Magena... Y eso es algo a lo que parece que intentas resistirte. No sé si serás capaz de comprenderlo, pero quiero que lo sepas. Quiero que sepas que pase lo que pase, yo seguiré a tu lado.

—No entien...

Pero antes de que pueda terminar, yo me levanto del asiento, cortándola. Espero que esto no sea una despedida de verdad pero, si lo es, necesito que lo sepa.

He tomado una decisión; seguramente, la decisión más difícil de mi vida. Y sé que si con ella consigo que Magena esté a salvo, segura, todo habrá merecido la pena.

Incluso aunque mis manos terminen manchadas de sangre.

Cuando salgo del hospital, el tiempo vuelve a sorprenderme con un sol resplandeciente. Al parecer, los efectos secundarios de la visión de Magena ya han quedado atrás y las nubes han despejado el techo azulado que cubre Cave Creek.

El único hospital que conecta con el pueblo está situado a las afueras, así que conduzco con la ventanilla bajada mientras evoco en lengua apache la frase que reclama la presencia de los espíritus. En concreto, a mi padre. Mandato tras mandato, toda mi generación ha dirigido a la tribu en este viaje llamado existencia. Y a pesar de las complicaciones, todos han logrado salir adelante conservando nuestra esencia. Y eso no implica que las cosas no hayan precisado soportar ciertos cambios. Dejamos de ser nómadas para asentarnos. Prohibimos el asesinato como castigo, dejamos de luchar por ganar tierras y nos conformamos con nuestro pequeño espacio. Generación tras generación, la tribu se ha ido adaptando a su entorno para poder continuar avanzando, para poder perseverar.

Puedo sentir la ira, la fuerza y la concentración del puma que vive en mi corazón ganar fuera en mis entrañas y sé que, de alguna manera, mis antepasados aceptan la decisión que estoy tomando y la aprueban.

Conduzco sin prisa, pero no me detengo en ningún momento hasta que el cartel de “prohibido el paso” aparece frente a mí. Detengo la ranchera en la línea invisible que separa los terrenos y intento controlar mi respiración para que la ansiedad no le gane el pulso a la serenidad. Respiro hondo, contemplando el paisaje seco y rocoso que se abre paso frente a mí. He vivido en el poblado y en Cave Creek y, aún así, pocas han sido las ocasiones en las que he precisado recorrer este sendero de un extremo a otro. De alguna manera, tengo la sensación de que recorrer este tramo es exactamente igual que pasearse por una línea del tiempo. Retroceder atrás. Regresar al pasado.

—Vamos allá, Denahi —me digo en voz alta, recordándome a mí mismo que todo esto lo hago por ella. Por Magena.

Hundo el pie en el acelerador y aprieto con todas mis fuerzas la tela carcomida que envuelve el volante. No vuelvo a detener mi camino hasta que, finalmente, alcanzado el poblado.

La repentina huida de Kayla debe de haber llamado la atención de bastantes personas porque nada más parar la ranchera junto a la de Unkas, los miembros de la tribu comienzan a abandonar sus hogares con curiosidad.

Me bajo del coche con un cosquilleo recorriéndome las extremidades. Una voz interna no deja de repetirme, una y otra vez, que todo esto lo hago por ella.

De forma inconsciente, desvío la vista hacia la caseta de adobe que más al este del campamento se situó en su construcción; mi antiguo hogar. Ese que me arrebataron en contra de mi voluntad. Ese en el que ahora reside Nayeli.

Repaso con la mirada a los presentes, intentando adivinar sus pensamientos a través de la expresión de sus rostros. El chamán, que durante años fue la mano derecha de mi padre, se mantiene junto a los miembros más mayores de la tribu. Todos con la cabeza gacha y en silencio, como si supieran de antemano la razón que me ha traído hasta la reserva.

En realidad, supongo que no es muy difícil de adivinar. Estoy convencido de que incluso Nayeli, a pesar de su arrogancia, ha deducido que tarde o temprano esta visita tendría lugar.

De pronto, mi mirada choca con la de Topanga. Su expresión delata la preocupación que le causan los próximos sucesos, pero también puedo ver cierta esperanza. Nashua también está entre los presentes, aunque su semblante tan solamente es capaz de expresar odio y rabia. Sé que, si no le correspondiera a Nayeli acabar con mi vida, él mismo lo haría con sus propias manos.

La tradición dice que un miembro de la tribu puede retar al jefe cuando no está conforme con una decisión tomada, así que si yo salgo con vida de todo esto, Nashua no podrá retarme por el mandato a no ser que encuentre una razón diferente a la que ha causado esta disputa. Y algo en mi interior me dice que si sobrevivo, tarde o temprano ocurrirá. Nashua intentará eliminarme del mapa.

—¿Acaso mi castigo no quedó claro, Denahi?

La voz de Nayeli provoca que mi estómago se encoja. Le miro fijamente y vuelvo a pensar exactamente aquello que mi mente sopesó la anterior vez que me vi en esta situación: si lo hago, si me enfrento a él, esa voz jamás volverá a escucharse. Su cuerpo morirá. Su corazón dejará de latir.

Matar a una persona con tus propias manos es algo con lo que uno debe convivir toda la vida.

—Quiero recuperar mi mandato —pronuncio con la voz alta y clara.

Un murmullo de cuchicheos recorren nuestro alrededor. Me doy cuenta de que, ahora mismo, no debe quedar un solo miembro de la tribu que no haya acudido a contemplar la escena.

—Tuviste la oportunidad de aceptar el reto —responde Nayeli con la voz titubeant— , y no quisiste enfrentarte a mí. ¿Qué te ha hecho cambiar de padecer?

Tiene razón, pero también sé que las leyes de la tribu dejan las cosas muy claras: un jefe siempre debe aceptar luchar o rendirse, nunca le quedará más opción.

Respiro muy hondo y me preparo para dirigirme a todos, esperando ganarme de vuelta el cariño y el respeto de mi gente, de aquella que yo consideraba mi familia.

—Me marché pensando que hacia lo correcto y que tú podrías dirigir el poblado mejor de lo que yo era capaz... Pero estaba equivocado. Esta tribu es todo lo que tengo, todo lo que soy y todo lo que seré —aseguro, levantando la voz para que todo el mundo pueda escucharme claramente—. Fuera de estas tierras no tengo nada por lo que luchar, pero dentro, les tengo a ellos —añado, señalando a todos los presentes.

A Nayeli no le está haciendo ni gota de gracia la reacción de la gente. Quizás, si ellos me hubieran rechazado en estos instantes, a mí no me habría quedado otro remedio que marcharme avergonzado, abandonando mis intenciones. Pero no es el caso. Aunque nadie se ha pronunciado a mi favor —por lo menos por ahora—, tampoco se han mostrado el contra. Quieren que luchemos, que demostremos quién es el verdadero jefe.

La mirada con la que me fulmina el actual jefe apache me da a comprender que el combate no será en absoluto sencillo. Al menos, antes, sé que hubiera vencido con relativa facilidad... Pero este último tiempo me he descuidado bastante y desconozco en qué grado de desarrollo se encontrarán mis facultades como guerrero.

Nayeli se despoja de su chaleco de ante, quedándose tan solamente en bermudas. Con eso me quiere decir que acepta la lucha a muerte.

—Aquí no —señalo—, luchemos en el descampado.

Ambos lanzamos una mirada al chamán para pedir su aprobación. En el descampado se celebran todos los rituales y es considerado un lugar sagrado que no debe mancharse con actos impuros. El chamán asiente, concediéndonos el visto bueno, y echa a caminar en dirección al lugar en el que habitualmente

la tribu enciende la hoguera al anochecer.

Nayeli y yo seguimos sus pasos y, a pesar de que no me atrevo a volverme hacia atrás, puedo sentir que el resto de la tribu nos camina tras nosotros. Siento el corazón latiéndome con tanta fuerza que creo que, de un momento a otro, terminará por estallar.

—No se admiten armas —susurra en voz baja el chamán—, el combate será solamente cuerpo a cuerpo, piel con piel..., hasta la muerte.

Trago saliva y, de forma instintiva, yo también termino desnudándome hasta quedar en bermudas.

Sé que ahora mismo la concentración es primordial y que los nervios pueden jugar una muy mala pasada en mi contra.

Si tengo que morir, moriré sabiendo que amé, que viví y que, después de todo, la encontré. Moriré siendo plenamente feliz.

Nadie se atreve a pronunciar una palabra.

Los cuchicheos y bisbiseos han concluido y, aunque nadie se ha marchado, todos se mantienen lo suficientemente alejados para concedernos espacio.

Me pregunto cómo se encontrará Kayla y si su pequeño bebé habrá salido adelante... Pero no me da tiempo a pensar en nada más porque Nayeli comienza a caminar hacia mi encuentro. De forma automática, yo también camino hacia él. No dejo de preguntarme si seré capaz de matar a alguien con mis propias manos. Alguien que en mi infancia consideré un amigo. Alguien que ha convivido durante largos años a mi lado.

Escucho un grito ahogado y reconozco de inmediato la voz de una de las esposas de Nayeli. Trago saliva y doy un paso más. Ya estamos cara a cara. Frente a frente. Él sonríe mientras yo siento cómo mis intestinos se contraen, provocándome algo parecido a una arcada. Estoy intentando concentrarme para no vomitar aquí mismo, pero la concentración desaparece cuando el primer golpe de Nayeli se proyecta en el aire y está a punto de alcanzarme. A pesar de haber esquivado su puño, él parece mantener la confianza en sí mismo y no borra su sonrisa.

Antes de poder reaccionar, él vuelve a contraatacar y esta vez, da en el blanco. Me aprieto el estómago, encogiéndome sobre mí mismo. Nayeli es zurdo y muy rápido, así que si quiero sobrevivir necesitaré centrarme en lo que estoy haciendo y dejar de lado el resto de mis preocupaciones. Me recupero con rapidez para devolver el golpe, pero él me esquivo con avidez. Supongo que, durante el tiempo que he pasado tiempo, Nayeli se ha esforzado en su preparación por si algún día esta escena tenía lugar.

Si una cosa sé por seguro es que el no titubeará a la hora de matarme, así que yo tampoco debería hacerlo. Doy unos pasos hacia atrás para ganar espacio y perspectiva. Como si se tratase de una danza, él camina hacia mí, recuperando el espacio. Nos movemos en círculos, el uno al son del otro. Nayeli me lanza una patada que no esquivo con rapidez y, antes de que pueda

volver a golpearme, me lanzo contra él. Ambos caemos al suelo y comenzamos a rodar por la arena del descampado. De algún modo, no sé cómo, puedo sentir la fuerza de mis antepasados en mi interior, como si estuvieran aquí presentes y me estuvieran recordando que yo nací para esto. Para dirigir el pueblo y vencer las batallas. Nayeli envuelve mi cuello con ambas manos en un vano intento por asfixiarme, ya que no le queda más remedio que liberarme cuando yo le asesto un primer puñetazo en el rostro. Él rueda sobre sí mismo, obligándome a mí también ha desplazarme. Siento un golpe seco en el oído derecho; un puñetazo que me ha pillado por sorpresa. Cuando intenta levantarse, lo agarro por la espalda y tiro de su trenza para arrástralo por el suelo. Le golpeo el estómago con un puntapié, pero entonces él me sujeta la pierna y me tira al suelo. La adrenalina del momento hace que no pueda pensar en nada, ni siquiera en Magena.

Magena.

Me recuerdo a mí mismo que todo esto tiene sentido por ella. Solamente por ella. Por nuestra vida juntos y porque este es mi lugar.

Golpeo a Nayeli, una y otra vez. Siento la sangre correr por mis manos pero no me detengo. La fuerza de mis antepasados corre por mis venas, proporcionándome la valentía que en estos instantes necesito. Un murmullo resuena alrededor, pero yo no me detengo a escuchar qué es lo que dicen. No me interesa. Tengo que vencer. Tengo que recuperar mi lugar, mi legado. Continúo golpeando sin piedad, mientras que él me devuelve algún puñetazo débil. Siento cómo la vida se va escapando del cuerpo del actual jefe de la tribu y, cuando estoy a punto de terminar con él, me detengo.

“Los tiempos cambian”, me había dicho a mí mismo en el hospital. Hemos evolucionado a lo largo de los años, dejando atrás aquello que nos ataba al pasado y no nos ayudaba a continuar. ¿Por qué asesinar a alguien? ¿Por qué no sirve con vencer? ¿Con demostrar que soy mejor? Detengo mis golpes. Los ojos de Nayeli, inyectados en sangre, no delatan dolor. Tan solamente rabia. Vergüenza y rabia. Y en el fondo soy capaz de empatizar con él porque yo sentí lo mismo hace tiempo, cuando veía las cosas de diferente manera. Pero también sé que tan solo es un chico perdido..., que no merece morir.

Contemplo el suelo ensangrentado, junto con su larga trenza. Esa que todos consideran que proporciona la sabiduría y la paz interior. Retengo mis impulsos y, finalmente, me levanto del suelo con parsimonia para dirigirme a mi pueblo. No importa quién intente echarme de la tribu porque sé que nunca jamás volverá a suceder.

—No hace falta matar para demostrar nada—les digo en voz alta, dirigiéndome a todos ellos—, no necesito terminar con una vida para proclamarme jefe de la tribu. Quiero estar aquí, pero me quedaré por otras razones; por ganarme vuestro respeto, porque sé que podré hacerlo mejor cada día y porque quiero haceros entender que los tiempos que vivimos no son iguales que los pasados —explico, siendo consciente de que en estos instantes tengo la atención de todas y cada una de las personas de la tribu—. Mientras yo esté aquí, no consentiré que ocurran más muertes gratuitas. Tan solamente quitaré una vida cuando sea necesario, y nunca jamás...

Un golpe seco en mi espalda me obliga a doblarme sobre mí mismo y desplomarme sobre la arena. Necesito unos instantes para comprender que Nayeli me ha golpeado a traición. Por la espalda.

Me giro sobre mí mismo, levantándome con rapidez del suelo para pillarle desprevenido. Antes de que pueda volver a atacarme de esa sucia y vil manera, le asesto un puñetazo seco, fuerte y contundente en el rostro. Nayeli se tambalea unos metros atrás y yo me aparto.

—¡YA BASTA! —grito, dejando claro que esto ha terminado y que yo soy el vencedor—. No quiero matarte, Nayeli. Acabo de tomar la primera decisión como ALFA de esta tribu... ¡No nos mataremos como animales!

El abre los ojos como platos, comprendiendo que acabo de darle una orden.

Se acabó. Ya está.

Magen y Kayla regresan a mi mente con rapidez y comprendo, en ese instante, que debo regresar al hospital cuanto antes.

Camino hacia la muchedumbre y me abro paso ante las miradas de complicidad que, esta vez sí, me voy cruzando al pasar de largo. Incluso el chamán, el cual consideré un traidor a mi familia, me dedica una pequeña reverencia de respeto que yo agradezco.

Pero antes de continuar, vuelvo a dirigirme a Nayeli.

—No voy a expulsarte de la tribu —le digo en voz alta para que pueda escucharme—, pero tampoco permitiré que esto sea una anarquía. Si quieres quedarte, tendrás que obedecer mis órdenes y tendrás que convivir en paz conmigo —explico, dejando claras mis condiciones—. De aquí en adelante las cosas serán diferentes. Todos tendréis derecho a decidir cuándo salir de la reserva y cuándo regresar... ¡Esto no es una prisión! —grito con todas mis fuerzas—. ¡Seréis libres de actuar por voluntad propia siempre y cuando os responsabilicéis de las consecuencias de vuestros actos!

Todo el mundo guarda silencio.

Si cabe, mi corazón late con aún más fuerza de la que lo hacía antes. Puedo ver miles de ojos contemplándome de forma expectante, pero tan solamente dos captan verdaderamente mi atención: los de Topanga y los de Unkas. Ambos me observan de un modo extraño, aunque no sé muy bien descifrar qué es lo que expresan.

La voz de Topanga vuelve a detenerme cuando me giro para continuar caminando de forma apresurada hacia la ranchera.

—¿Vas a marcharte?

Esta vez tengo clara cuál será mi respuesta.

—Volveré antes del amanecer.

Regresaré.

Cuando llego al hospital, en el exterior ya ha anochecido. En recepción no consiguen encontrar a Kayla, ya que no ha sido registrada por la falta de documentación y datos que se han presentado, así que me recorro los pasillos en busca de mi chica apache esperando que las noticias que debo recibir sean satisfactorias.

Camino de forma apresurada, metiendo la cabeza en las habitaciones en las que veo que alguien ha olvidado la puerta medio abierta. Un rato después, termino suplicando ayuda a una enfermera. Casualidad, es la misma joven que cosió la herida de Magena y que, semanas atrás, me insinuó algo más. Me doy cuenta de que ella no parece acordarse de mí, pero a pesar de todo se ofrece a ayudarme de buenas maneras y me guía hasta una habitación que está apartada, muy cerca de las escaleras del pasillo.

—Buena suerte —me dice, antes de marcharse.

Con el pulso tembloroso y la respiración agitada, levanto el brazo y tiro del picaporte para pasar al interior. Y ahí está, mi Magena. Mi mitad. Mi compañera. Mi mundo. Mi razón de ser. La que ha hecho que cada suceso, tanto bueno como malo, cobre sentido de verdad.

Antes de que pueda decir una sola palabra, Magena se deshace en un mar de lágrimas y cae arrodillada en el suelo. La expresión de Kayla tampoco deja entrever nada bueno, aunque al menos se mantiene serena.

—¿Qué ocurre? ¿Dónde está el bebé? —inquiero, agachándome en el suelo para quedar a la altura de Magena.

—Creí que habías muerto, Denahi... —susurra mi chica apache, acariciándome con ternura uno de los tantos golpes que he recibido en el rostro—, creí que te había perdido...

De forma inconsciente, una sonrisa aflora en mi rostro y no me lo pienso dos veces antes de hundir mis labios en su boca.

—No me perderás jamás —aseguro, ayudándola a levantarse del suelo—, te lo prometo.

Magena se lanza a mis brazos, apretándose con fuerza contra mí.

—¿Dónde está el bebé? —pregunto, esperanzado.

Una sonrisa aflora en el rostro de Kayla y, por fin, comprendo que esta historia ha tenido el final deseado por todos.

—Acaban de sacarlo del quirófano y está bien... Lo dejarán en observación para asegurarse, pero vivirá, Denahi, le has salvado la vida —me explica, sonriente.

La felicidad del momento me provoca actuar por un impulso y camino hasta Kayla para abrazarla y darle la enhorabuena. Está sudorosa y tiene mal aspecto, pero su rostro es el reflejo de la viva imagen de la plenitud.

—¿Y Nayeli? —pregunta, expectante por conocer la respuesta—. ¿Ha..., muerto?

—No, le he perdonado la vida —explico, incapaz de contenedor la emoción que siento ahora mismo en el tono de mi voz—, pero todo volverá a ser como antes —señalo, mirando a ambas mujeres con esperanza—. Vamos a regresar a la reserva... Todos. Incluido tu bebé.

Kayla se echa a llorar de forma desconsolada, aunque sé muy bien que lo es la dicha la que ha causado esas lágrimas. Pensaba explicarle que Nashua no parecía tan feliz con la buena nueva, pero decido que ya trataré ese asunto más adelante.

Ahora mismo, lo único que quiero y deseo es estar junto a mi Magena.

—En la reserva estarás a salvo... No podrán encontrarte —aseguro, aupándola entre mis brazos.

Me doy cuenta en ese instante de que debo de tener varias costillas fracturadas o, al menos, fisuradas. Aún así, los sentimientos que albergo ahora mismo son tan intensos que, a pesar de todo, no me importa el dolor. Nada me importa.

—Tú también eres mi vida —murmura ella, entregándome el mejor final para este día—, mi compañero de mundo.

Nuestras narices se rozan de forma cariñosa y me permito aspirar su aroma floral para recobrar las fuerzas que me faltan. Sonrío.

—La reserva es y será nuestro hogar, Magena... Tal y como lo hubiera deseado tu madre.

Eso hace que mi chica águila libere una pequeña risita risueña.

—¿Sabes que el sheriff te matará, verdad?

Yo le respondo con una tremenda carcajada.

—Por ti esquivaría la muerte cada día de mi vida, Magena.

Ella se aprieta con más fuerza contra mí y, como si mi cuerpo pudiera

reaccionar a su presencia, siento cómo mi ser vuelve a funcionar con normalidad.

Magenta es, y será, mi medicina más preciada.

CONTINUARÁ

# NOTA DEL AUTOR

Querido lector;

Antes de despedirme, quiero darte las gracias por haberle concedido una oportunidad a esta historia y, sobre todo, por habérmela concedido a mí.

Espero que, en un futuro, volvamos a caminar juntos entre letras y que nuestros caminos vuelvan a cruzarse.

Si te ha gustado la historia o si quieres hacerme llegar tu opinión, me encantará leerla en los comentarios de Amazon. Te agradeceré enormemente ese pequeño detalle de tu parte.

Atentamente,

Christian Martins.

## SOBRE EL AUTOR

Christian Martins es un autor que nació hace más de treinta años y que lleva escribiendo otros tantos, a pesar de que hasta febrero del 2017 no se lanzó a publicar. Desde entonces, todas las obras de este prolífero escritor han estado en algún momento en el TOP de los más vendidos en su categoría.

¡Únete al fenómeno Martins y descubre el resto de sus novelas!

# OTROS TÍTULOS DEL AUTOR

Todas las novelas de Christian Martins están disponibles en los mercados de Amazon, tanto en papel como en eBook.

Si quieres encontrar alguno de sus títulos, tan solo debes escribir su nombre en el buscador de Amazon.

Seré solo para ti  
Solo tuya  
Besos de carmín  
Mi último recuerdo  
Escribiéndole un verano a Sofía  
Nosotras  
Secretos 1, 2 y 3  
Saga “Una noche”:  
Una noche Dorada  
Una noche Contigo  
Una noche Nuestra  
Una noche Perfecta  
Una cosa de locos  
Yo no soy tu vampiresa  
Yo soy tu vampiresa  
Nuestros días  
La chica que se llamaba como un cometa  
Un “te quiero” por Navidad  
Mi protector  
Su protegida  
Ave Fénix  
Donde nacen las estrellas  
Una guerra del pasado  
Olivia y su caos  
Siempre Contigo  
Un hombre de negocios  
Isla de Plata

¡Lo que tú digas!  
¡Cómo tú quieras!  
¡A tus órdenes!

El rescate  
El laberinto  
Luna de gato  
Magená